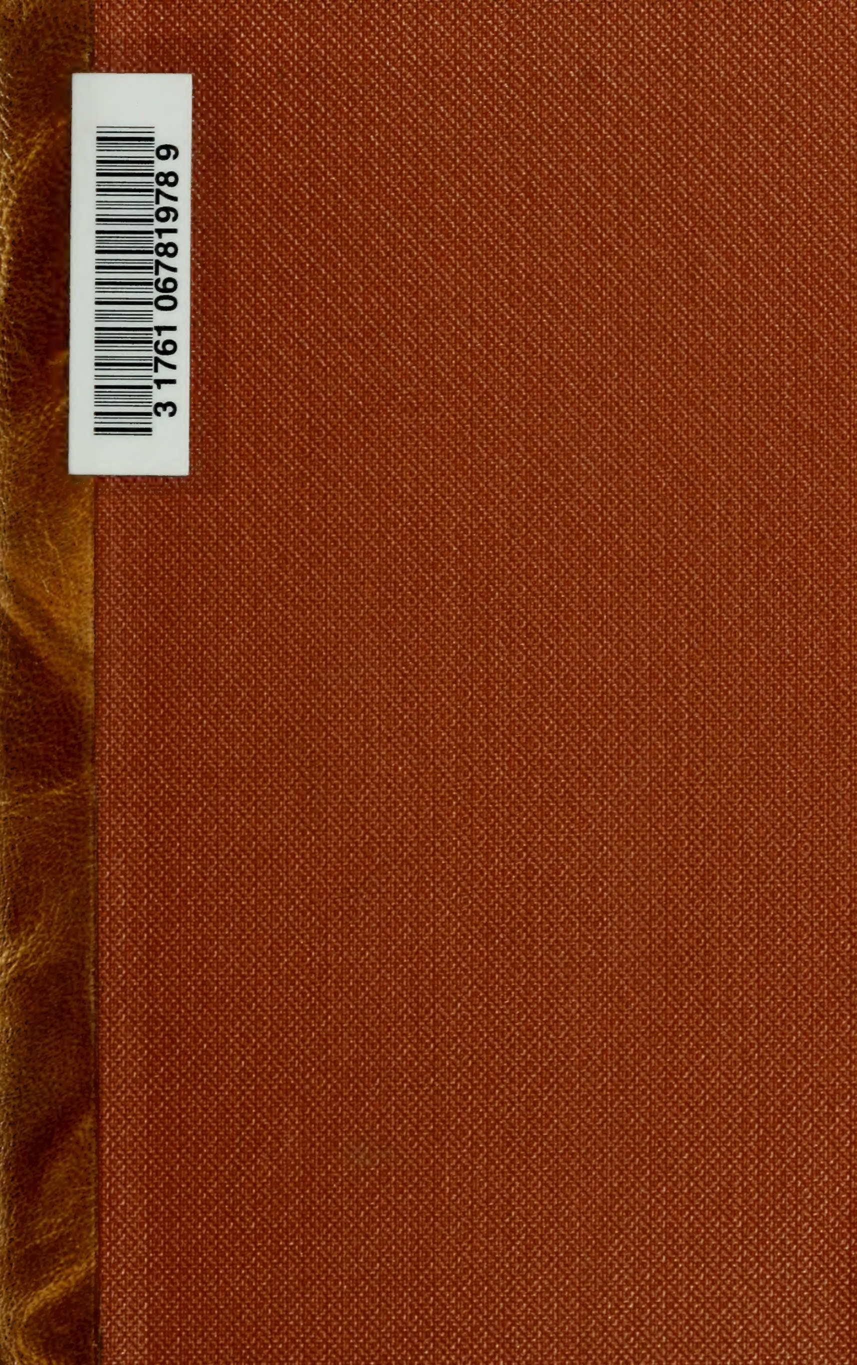

3 1761 06781978 9





Francisco Villaespesa



# Mis mejores versos

# MIS MEJORES VERSOS

FRANCISCO VILLAESPESA

# MIS MEJORES VERSOS

Cubierta de SELMA




EDITORIAL HESPERIA

Calle del Río, 24.

MADRID

1917

Imp. de Cándido Alonso y C.ª — R. de Atocha, 15. — MADRID

# POESÍAS

Estas poesías son los más fuertes y seguros jalones de mi arte. Marcan la evolución ascendente de mi espíritu y pueden considerarse como las poesías madres, generadoras de todos mis libros.

Cada una responde a un momento intensivo de mi vida, y con todas ellas podría escribirse la historia íntima de mi sentimentalidad y de mi pensamiento.

Ningún cristal ha copiado con más claridad y con más absoluta verdad

los gestos atormentados y los sueños vagos e inefables de un alma, desterrada de la Belleza, en la isla bárbara y árida del Dolor.

## EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

La lámpara esparce sus tenues fulgores;
y ágil y nerviosa, tu pálida mano,
un canto, que evoca remotos amores,
despierta en las teclas del viejo piano.

Un himno de alondras saluda a la aurora;
surgen los preludios de la serenata;
vuelan hojas secas, y una fuente llora,
monótona y trémula, lágrimas de plata.

Vibran las esquilas, ladran los lebreles;
a fiesta convoca la alegre campana;
y entre panderetas y entre cascabeles,
se acercan las músicas de una caravana...

¡Adustos bohemios, reyes andrajosos,
que cruzáis del mundo los vastos confines,
siempre pensativos, tristes y ojerosos,
sollozando amores en vuestros violines!...

¡Parad un instante bajo mi ventana,
y con vuestros cantos calmad mi amargura,
que quiero mostrarte mi mano, gitana,
para que me digas la buenaventura!

¡Adiós para siempre, rostros macilentos,
barbas desgreñadas, ojos asesinos!...
¡Vuestro último canto se llevan los vientos
con las hojas secas por esos caminos!

¡Pálida bohemia, errante adivina,
que hoy gimes amores bajo mi ventana!...
Dime, eco ligero, fugaz golondrina:
¿Bajo qué balcones gemirás mañana?...

¿Dónde vas inquieta y hábil tañedora
de un arpa que vibra doliente en mi reja?...
¡Hay algo en mi alma que suspira y llora,
y que con el eco de tu voz se aleja!

¡Cabellos de oro, perfil vacilante,
labios enfermizos, grandes ojos claros
donde mi esperanza contemplé un instante,
¿junto a qué camino volveré a encontraros?...

La música errante se va lentamente
como los rumores de una serenata,
y sólo se escucha la voz de la fuente
que muere en un hilo de trémula plata.

# LA SOMBRA DE LAS MANOS

Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

¡Mano de marfil antiguo,
mano de ensueño y nostalgia,
hecha con rayos de luna
y palideces de nácar!...

¡Vuelve a suspirar amores
en las teclas olvidadas!...

¡Oh, piadosa mano mística!...
Fuiste bálsamo en la llaga
de los leprosos; peinaste
las guedejas desgreñadas
de los pálidos poetas;
acariciaste la barba
florida de los apóstoles
y los viejos patriarcas;
y en las fiestas de la carne,

como una azucena, pálida,
quedaste en brazos de un beso
de placer extenuada!...

¡Oh, manos arrepentidas!...
¡Oh, manos atormentadas!...
¡En vosotras han ardido
los carbones de la Gracia!

En vuestros dedos de nieve
soñó amores la esmeralda;
fulguraron los diamantes
como temblorosas lágrimas,
y entreabrieron los rubíes
sus pupilas escarlata!

Junto al tálamo florido,
en la noche epitalámica,
temblorosas desatasteis
de una virgen las sandalias!

Encendisteis en el templo
los incensarios de plata;
y al pie del altar, inmóviles,
os elevasteis cruzadas,
como un manojo de lirios
que rezase una plegaria!

¡Oh, mano exangüe, dormida
entre flores funerarias!...

Los ricos trajes de seda,
esperando tu llegada,
envejecen en las sombras
de la alcoba solitaria!...

En la argéntea rueca, donde
aureos ensueños hilabas,
hoy melancólicas tejen
sus tristezas las arañas!

Abierto, te espera, el clave;
y sus teclas empolvadas
aún de tus pálidos dedos
las blancas señales guardan!

En el jardín, las palomas
están tristes y calladas,
con la cabeza escondida
bajo el candor de las alas...

Sobre la tumba, el poeta
inclina la frente pálida;
y sus pupilas vidriosas
en el fondo de la caja,
aún abiertas permanecen
esperando tu llegada!¡

¡Blancas sombras, blancas sombras
de aquellas manos tan blancas,
que, en las sendas florecidas

de mi juventud lozana,
deshojaron la impoluta
margarita de mi alma!...

¿Por qué oprimís en la noche
como un dogal mi garganta?

¡Blancas manos!... Azucenas
por mis manos deshojadas...
¿Por qué vuestras finas uñas
en mi corazón se clavan?

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas,
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

## LAS NIÑAS GRISES

El sol apaga sus rojos fulgores,
tiñendo de rosa las cumbres lejanas,
cuando por el parque cubierto de flores
desfiló el cortejo de las hospicianas,

Iban lentamente, baja la cabeza,
con los ojos tímidos fijos en el suelo,
como si pidiesen para su tristeza
a la Tierra madre, ternura y consuelo.

Caminaban mudas, graves y ojerosas,
en largas y grises hileras iguales;
y sus rostros pálidos semejaban rosas,
rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso que cruzan la vida
sin hallar un nido donde las esperen...
¡Triste es su llegada, triste es su partida,
y llorando nacen y llorando mueren!

En la noche nadie vigila su sueño.
Sólo cuando cierran los ojos dolientes,
baja el melancólico Angel del Ensueño,
separa sus rizos y besa sus frentes.

Viven en la sombra... ¡Pálidas violetas
que en el negro fango del vicio crecieron!...
No se alegran nunca... ¡Besemos, poetas,
esos tristes labios que jamás rieron!

La amargura vela su mirada grave.
Son cuerpos de niñas con almas de ancianas...
Sigamos sus pasos con amor... ¿Quién sabe
si son nuestras hijas o nuestras hermanas?...

El eco del Angelus resuena a lo lejos.
Todas se arrodillan y rezan en coro,
y del sol poniente los vagos reflejos
envuelven sus sienes en nimbos de oro.

## MEDIODIA

Ciegos horizontes...
Humean los montes,
entre la calina
del sol. Una hoguera
de polvo es el llano...

El aire calcina...
En la carretera,
el eje de un carro, lejano,
rechina...

Llanura desierta...
¡Pobre tierra muerta!...
Arido paisaje
sin sombras ni viento...

Sólo algún perdido
árbol retorcido

dobla su ramaje
seco y polvoriento...

Abrasa la planta
la fiebre del suelo.
Es de plomo el cielo...
La cigarra canta
su monotonía...

¡Bajo el sol ardiente
sueña el alma mía
—sola en el camino—
con el claro chorro del agua bullente
que salta espumosa
la fresca y umbrosa
presa del molino!...

Ciegos horizontes...
Humean los montes,
entre la calina
del sol. Una hoguera
de polvo es el llano...

El aire calcina...
En la carretera,
el eje de un carro, lejano,
rechina,

# NIEVE

Ni una brisa mueve
la yerta enramada...

La nieve
desciende callada
sobre la llanura...

Reina en la casita
—bajo la nevada—
la paz infinita
de una sepultura.

No turba la senda desierta
ni el vuelo de un ave...

Rechina una llave;
se entreabre una puerta;
y entre la neblina
gris de la mañana,
vibra la argentina
voz de una campana
lejana...

La nevada ciega...
¡Por aquel sendero,
temerosa llega
la visión que espero!

Y sobre el paisaje
cubierto de bruma,
se pierde y se esfuma
lo blanco del traje.

Ni una brisa mueve
la yerta enramada...

La nieve
desciende callada
sobre la llanura...

¡Reina en la casita
—bajo la nevada—
la paz infinita,
de una sepultura!

## FLOR DE OTOÑO

Cuando me sonríes tras la vidriera,
de las tibias tardes a la luz dorada,

fatigado y triste sobre la almohada
tu pálido rostro parece de cera.

Tienen tus sonrisas el lúgubre encanto
de una flor que muere cuando a abrirse empieza,
y hay en tus pupilas tan honda tristeza
que, al verlas, los ojos se cubren de llanto.

¡Golondrina herida que abandona el nido,
tu vuelo a la tierra se inclina ligero;
y eres una efímera flor de invernadero
que tan sólo vives a fuerza de cuido!

Es más transparente cada vez tu mano,
más amarillenta tu faz demacrada;
y tu voz suspira, débil y apagada,
como si viniese de un mundo lejano.

Ves ante tus plantas el sepulcro abierto;
nostalgias de antiguas primaveras sientes,
y tus negros ojos, profundos y ardientes,
parecen dos cirios que alumbran a un muerto.

¡Siempre pensativa, triste y ojerosa,
notas que la vida voluble te deja;
y el eco angustioso de tu tos semeja
un golpe de azada, cavando una fosa!

¡Vestida de blanco, te pierdes como una
quimera de nieve, por la noche en calma,

como si tu cuerpo fuese todo alma,
como si tu alma fuese toda luna!

Y los caminantes exclaman, al verte
subir de mi brazo agreste vereda:
—¡Pobre flor de otoño, qué poco le queda!...
¡Lleva ya en la cara grabada la Muerte!

## LA HERMANA

En tierra lejana
tengo yo una hermana.

Siempre en Primavera
mi llegada espera
tras de la ventana.

Y a la golondrina
que en sus rejas trina,
dice con dulzura:

—¡Por aquella espina
que arrancaste a Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!—

El ave su queja
lanza temerosa,

y en la tarde rosa,
bajo el sol se aleja!

Desde su ventana,
mi pálida hermana,
pregunta al viajero
que camina triste:

—¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero!—

Pero el pasajero
su calvario sube,
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento!

Desde su ventana
a la luna grita
mi pálida hermana:

—¡Por la faz bendita
del Crucificado,
dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado!—

La luna la vaga
llanura ilumina,
trémula declina,
y en el mar se apaga!

Acaso yo errante
pase vacilante
bajo tu ventana;
y sin conocerme,
mi pálida hermana,
preguntes al verme
venir tan lejano:

—Dime, peregrino,
¿has visto a mi hermano
por ese camino?

## LA RUECA

La Virgen cantaba,
la dueña dormía...
La rueca giraba
loca de alegría.

—¡Cordero divino,
tus blancos vellones

no igualan al lino
de mis ilusiones!

Gira, rueca mía,
gira, gira al viento...
¡Amanece el día
de mi casamiento!

¡Hila con cuidado
mi velo de nieve,
que vendrá el Amado
que al altar me lleve!

Se acerca... Lo siento
cruzar la llanura...
Sueña la ternura
de su voz el viento...

¡Gira, rueca loca,
gira, gira, gira!...
¡Su labio suspira
por besar mi boca!

¡Gira, que mañana
cuando el alba cante
la clara campana,
llegará mi Amante!

—¡Cordero divino,
tus blancos vellones

no igualan al lino
de mis ilusiones!—

La luz se apagaba;
la dueña dormía;
la Virgen hilaba,
y sólo se oía

la voz crepitante
de la leña seca...
¡y el loco y constante
girar de la rueca!

## LAS FUENTES DE GRANADA

Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?

Todo reposa en vago encantamiento
en la plata flúida de la luna.
Entre el olor a nardos que se aspira en el viento,
la frescura del agua es como una
mano que refrescase la sien calenturienta.

El agua es como el alma de la ciudad. Vigila
su sueño, y al oído
del silencio le cuenta
las leyendas que viven a pesar del olvido,
¡y bajo las estrellas de la noche tranquila
tiene palpitaciones de corazón herido!
¡La voz del agua es santa!
Quien la profunda música de su acento adivina,
comprenderá algún día la palabra divina!...
¡El agua es guzla donde Dios sus misterios canta!

Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?

Una, gorgoteante, suspira entre las flores
de un carmen, esperando la mano de un ensueño
que abra a la blanca luna sus claros surtidores
para dar a la noche sus diamantes de sueño,
y mientras sobre el mármol, una a una, desgrana
las perlas de sus ricos collares de sultana.

Algunas se despeñan con ecos de torrentes
y entre las alamedas descienden rumorosas,
arrastrando en el vivo fulgor de su corriente,
en féretros de espumas, cadáveres de rosas.

Otra, por las paredes resbala, lentamente,
y entre las verdes hiedras lagrimear se siente,

como si poco a poco, por una estrecha herida,
se fuese desangrando hasta quedar sin vida.

Las hay ciegas, y en ellas
llora toda la móvil plata de las estrellas.
Hay en el aire tanta humedad, que da frío.
La noche un fresco aroma acuático deslíe.

El agua llora, gime, suspira, canta y ríe,
y, dominando el gárrulo y eterno murmurío,
se oyen plañir las roncas serenatas del río...

¡La sangre de Granada corre por esas fuentes,
y en el hondo silencio de las noches serenas,
al escuchar sus músicas sobre las viejas fuentes,
la sentimos que corre también por nuestras venas!

Aduerme nuestro espíritu su musical encanto;
bebemos el ensueño de sus respiraciones,
penetra hasta la carne en lentas filtraciones
y huye por nuestros ojos en un furtivo llanto...

Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido,
en las noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?

## ELEGÍA

Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada!

Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas.

Ya tus tejedores no entonan cantares,
mientras sus telares
hilan las más ricas y frágiles sedas...
Mudas se quedaron tus alfarerías...
¡Tan sólo las brisas lloran elegías
entre los verdores de tus alamedas!

El agua, que en todo su frescor diluye,
es llanto que eterno de tus ojos fluye
llorando la antigua grandeza pasada.
De tu poderío ya no resta nada...
¡Tu gloria, Granada,
pasó como pasa, bajo el puente, el río!

Hoy entre tus muros no hay un alarife
que teja el ensueño de un Generalife
con gemas y perlas y randas de encajes;
ni al marcial estruendo de atambor sonoro
cruzan por tus plazas los Abencerrajes,
vestidos de plata y armados de oro!

¡Ya las callejuelas de tu Alcaicería
no invade el tumulto, ni la algarabía
de hombres que discuten en lenguas extrañas;
ni sueñan princesas tras los alhamíes,
ni en Bib-Rhambla quiebran, justando, sus cañas,
gallardos Gomeles y altivos Zegríes!

¡Ya por Puerta Elvira,
la plebe de activos obreros, no mira
pasar los botines guerreros... Altivos
caudillos, de polvo, de sangre bañados,
que arrastran cadenas de tristes cautivos
por largas hileras de picas guardados;
ni ve los camellos de las caravanas
que vienen cargados
con oro y perfumes de tierras lejanas;
ni entre la arboleda que ensombra el camino
contempla un relámpago de armas que se aleja;
ni de las antorchas a la luz bermeja
levanta palacios dignos de Aladino!...

¡Ya el Darro no copia sobre sus cristales
ojos negros entre nubes.de almaizales,

ni a beber sus aguas inclinan los cuellos,
mojando las crines, ágiles corceles,
mientras de la luna los blancos destellos
riman con la albura de los alquiceles!

¡Ya el Genil no riega
las huertas floridas
que pueblan la vega,
ni en sus frescas aguas lavan sus heridas
soldados que tornan de alguna algarada...
Su corriente gime como avergonzada,
una pena eterna suspira en su canto
cual si en vez de aguas arrastrase llanto!

La Alhambra está sola. Entre la floresta
ya no queda un eco de la antigua fiesta.
Bajo los encajes de los ajimeces
la voz de la guzla no solloza amores,
mientras entre aromas y entre ruiseñores
da la luna al mármol áureas palideces.

Ni en las alcatifas de sus patios mudos
tejen odaliscas con los pies desnudos
todas las lascivas danzas del Oriente
entre los perfumes de los pebeteros;
ni por sus mosaicos resbalar se siente
la espuela de oro de altivos guerreros...

¡Granada! ¡Granada!... ¡Tu Alhambra está en [ruinas!

Llorando hasta el África van las golondrinas
a dar a tus hijos el triste mensaje,
y tus nobles hijos lloran de coraje,
ensillan los potros, empuñan la espada
y aullando de rabia se van hacia el mar,
y al ver los perfiles de Sierra Nevada
se postran de hinojos y gimen: ¡Granada!
Y las olas lloran al verlos llorar...

¡Granada! ¡Granada!
De tu poderío
ya no resta nada.

Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas.

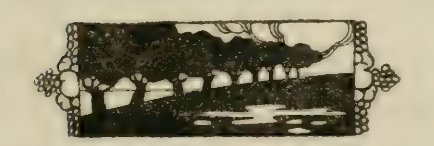
## LAS RUINAS

Por donde quiera que la vista extiendo
sólo contemplo ruinas.
Palacios que en las áridas colinas
se van, al sol, en polvo deshaciendo;
y con sus capiteles mutilados,

sus arcos truncos y columnas rotas,
en la llanura gris medio enterrados,
resucitan catástrofes remotas,
y evocan, bajo el sol de la mañana,
las mondas osamentas colosales
de alguna gigantesca caravana,
perdida en los desiertos arenales.
Donde antes se elevaban a los vientos
el alcázar, la torre y la mezquita
de sólidos cimientos
y muros de alabastro y malaquita,
y hubo calles y plazas populosas,
academias y espléndidos bazares
y jardines de nardos y de rosas
y huertos de granados y azahares,
hoy tan sólo se ven escombros, piedras
gastadas, murallones
comidos por la lepra de las hiedras,
lápidas con borrosas inscripciones;
desangrados ladrillos que enrojecen
el polvo con sus lúgubres destellos
y rotos acueductos que parecen
gigantes esqueletos de camellos;
torreones sombríos
enseñando la carie de sus mellas,
¡y hasta algún ajimez de ojos vacíos
muriéndose a la luz de las estrellas!
¿Quién medita en sus altos alminares?
¿En dónde están las cajas militares,
adufes, añafiles y atambores,

cuyos roncos clamores
hablaban de la gloria y de la guerra,
y a cuyo son, desnudos los aceros,
en sus yeguas volaron los guerreros
a conquistar para el Islám la tierra?
¿Dónde el rumor marino
de la plebe en los zocos congregada
para escuchar la voz del adivino,
y la flauta encantada
con cuyas dulces notas temblorosas
lentamente adormece el beduíno
a las negras serpientes venenosas?
¿Al pie de qué entreabierta celosía
da la guzla a la noche su poesía,
en tanto que los claros surtidores
comentan, en su lengua melodiosa,
que se murió de amores
un pobre ruiseñor por una rosa?
¡Ya de tanto esplendor no resta nada!
¡Todo trocóse en polvo lentamente!
¡Tal la ciudad fantástica, encantada
de las viejas leyendas del Oriente!...
Hoy, sólo a veces en la zarza asoma
su achatada cabeza la serpiente
siguiendo el vuelo de alguna paloma.
¡Resplandece el lagarto en los zarzales
ásperos como una
viva esmeralda, y en los arenales
fosforece la plata de la luna
en el ojo cruel de los chacales!

¡Nadie viene a llorar entre tus ruinas!...
¡Hasta las golondrinas,
al no encontrar ni el quicio de una puerta
donde colgar el nido,
de la ciudad abandonada y muerta
para siempre han huído!
Sólo un pastor a visitarte viene...
En el claro de un arco se detiene,
y en tanto que sus cabras ramonean
en el mustio verdor de las marañas,
y los secos mastines olfatean
los rastros de nocturnas alimañas,
descolgando la gaita de los hombros
se sienta en tus escombros...
y entona tan doliente melodía,
que una lágrima rueda en cada nota...
¡Tan triste es la canción, que se diría
que llora tu silencio gota a gota!





# TEATRO

De todas mis obras teatrales, prefiero las siguientes escenas, porque dentro de la forma más sencilla y pura del lenguaje, reflejan la mayor intensidad emotiva y el más hondo y trascendental lirismo.

No serán quizás las más aplaudidas, pero son para mí, dentro de la sinceridad integral de mis obras, las más sinceras, en las que he puesto más

pasión, más alma y más sangre, confundiendo con la fábula dramática la verdad real y profunda de mi vida.

## EL ALCAZAR DE LAS PERLAS

### ACTO SEGUNDO

### ESCENA III

OMAR y ABU-ISHAC se reclina pensativo sobre el tronco de un árbol de la izquierda.

OMAR *(Confidecialmente.)*

Qué mal te aflige? ¿Qué dolor rebosa
tu corazón indómito, que a veces,
como bajo una sombra pavorosa,
te agitas convulsivo y palideces?

ABU-ISHAC *(Con tristeza desesperada.)*

¡Como un perfume que arrebata el viento
pasaron para mí las horas bellas!

Mis sombras alumbraron un momento
con sus ojos de plata las estrellas;
mas fuéronse apagando una por una
y la noche envolvió mi pensamiento,
y abandonó mis pasos la fortuna.
Como si fuese agua, la alegría,
entre mis manos para siempre ha huído,
y hoy es mi corazón copa vacía...
¡Todo cuanto anhelaba lo he perdido!
¡Oh! ¿Quién me arrebató mi única prenda,
joyel fulgente de esmeralda y oro?
¿Qué pie descalzo penetró en mi tienda
a robarme en la noche mi tesoro?
¿Para qué mis corceles, esos nobles
hijos del viento? ¿Para qué mi espada,
capaz, de un tajo, de segar los robles?
¡Tan enemiga se mostró la suerte,
que en mi estéril dolor no anhelo nada
sino el olvido eterno de la muerte!

## Omar

Todo humano dolor tiene esperanza.
El hombre valeroso no se abate
en tanto pueda manejar la lanza
y triunfar o morir en el combate.
¿Qué has hecho, di, de tu poder? ¿No siente
tu corazón la antigua fortaleza?
¡Ya la arrogancia ha huído de tu frente

y tus ojos perdieron su fiereza!
De tu padre el valor se ha sepultado,
con él en el sepulcro, y en las venas
la sangre generosa se te ha helado...
¿Quién, león, ha cortado tus melenas?
¡Ah, si tu padre abandonar pudiese
el reino pavoroso de la nada,
el rostro de vergüenza se cubriese
viendo su sangre tan degenerada!

ABU-ISHAC (*Con voz emocionada.*)

Escucha, escucha, Omar. ¿Viste a Sobeya?
¿Si deslumbró tus ojos su hermosura
pudiste ver, después, cosa más bella?
¿Puede existir otra creación más pura?
*(Al recuerdo, se exalta.)*
Parecen sus guedejas desprendidas,
al proyectar sus sombras en la tierra,
el estandarte de los Abasidas
que conduce a los fieles a la guerra.
Petos no hay que resistir lograran,
ni en Bagdad ni en Damasco fabricados,
las flechas tenebrosas que disparan
los negros en sus ojos emboscados!
Su hermosura es altiva ciudadela
que al asalto y al ímpetu provoca...
¡Es fina y ágil como una gacela

y tan dura y tenaz como una roca!
*(Pausa breve. Recordando.)*
Vagaba yo una noche, meditando
proezas dignas de humillar la fama,
por los jardines del alcázar, cuando
en mi camino apareció una dama.
Su fino velo levantóse al viento,
y contemplé su rostro pensativo,
blanco de luna... ¡desde aquel momento
no sé si vivo en mí o en ella vivo!
¡Y desde entonces se eclipsó mi estrella
y oculta pena el corazón me hiere
sin esperanza, porque soy de aquella
tribu indomable que de amor se muere!
*(Con desesperación.)*
Bajel sobre las olas zozobrante
tan sólo aguardo, en mi dolor tan hondo,
que abra el mar sus abismos un instante
para enterrar mis penas en su fondo.

OMAR *(Animándole.)*

¡Jamás te entregues a la adversa suerte,
libra de esas tristezas tu memoria!
¡La gloria y la mujer aman al fuerte
y al cobarde desprecia la victoria!
Da al olvido la causa de tus males
y recobra la paz, pues las hermosas

doncellas son lo mismo que rosales,
que a todos los que pasan les dan rosas!

ABU-ISHAC *(Con celosa expresión.)*

Ella tan generosa es con Azhuna,
como avara y colérica es conmigo...

OMAR *(Riendo desdeñosamente.)*

¿Ella al lado de Azhuna?... ¡Es como una
fresca rosa en las manos de un mendigo!

ABU-ISHAC *(Con tristeza.)*

Al alarife nuestro Emir exalta
sobre todos. Su mano se la entrega...

OMAR *(Enérgicamente.)*

¿Hay espiga, Abu-Ishac, aun la más alta,
que respeten las hoces en la siega?
¿Qué te importa Alhamar? Tú eres más fuerte...
Contra su trono tu poder descarga...
¿Las fechas sibilantes de la muerte
no conocen la fuerza de tu adarga?

Tu pendón flota en veinte baluartes,
tienes más grandes hechos en tu abono...
¡Alza contra Alhamar tus estandartes,
y, a la par que tu amor, conquista un trono!
Todo está preparado... Cien facciones
se alzarán por nosotros... ¿Qué más quieres?
¡Es hora de luchar como varones
y no de sollozar como mujeres!

*(Exaltado, como si renaciese en él toda su indómita bravura.)*

ABU-ISHAC

¡Te sobra la razón, Omar! Es hora
de volver por la fama de mi nombre...
¡Maldito aquel que, cual las hembras, llora,
pudiéndose vengar igual que un hombre!
Nada habrá de ceder a nuestro empuje...
Resuenen ya las cajas militares...
¡Ahora verán cómo despierta y ruge
el león orgulloso de Comares!

*(Se oyen por la derecha músicas y cantos. Pasan antorchas entre los árboles. Omar se vuelve, receloso.)*

OMAR *(En voz baja.)*

¿No escuchas? Alguien llega... ¡Vamos presto

por el portillo, cuya llave guardo,
a revisar las tropas y a dar órdenes
para que se preparen al asalto!

*(Se lleva a Abu-Ishac por el portillo, y cierra tras de sí. Penetran por la derecha Alhamar y Azhuna, conversando, seguidos de guardias y de pajes.)*

# DOÑA MARIA DE PADILLA

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA XII

DON PEDRO y DOÑA MARIA

MARÍA

Vendrás fatigado de la cetrería?

PEDRO

Tres leguas por verte corrí en una hora...
Mas ¿qué son tres leguas, si el amor nos guía?
Amor tiene alas, distancias devora...
Con las bridas sueltas, flotantes las crines,

sintiendo la espuela sangrar los ijares,
mi corcel volaba por esos jardines
que nievan el suelo con sus azahares.
Un rastro de flores dejó su carrera.
¡Amorosamente temblaban sus ancas,
igual que si en ellas resbalar sintiera
las tibias caricias de tus manos blancas!

### María

¡Oh dulces verdades y tiernas mentiras!
¡Qué alegres mis manos en tus manos presas!
Se apagan mis ojos si tú no los miras;
se secan mis labios si tú no los besas..
A tu lado todo de gozo florece...
¡Viéndome en tus ojos recobro la calma,
porque al verme en ellos, señor, me parece
que miro mi alma dentro de tu alma!

### Pedro

¿Te acuerdas, María? ¿Te acuerdas, María?
Te vi en una tarde clara como esta...
También como ahora, de casa volvía,
galopando solo por esa floresta,
gerifalte al puño y al cinto la espada,
ebrio con la gloria de mis quince abriles,
sueltos a la fresca brisa perfumada

mis rubios y undosos rizos juveniles,
Entre locos sueños, en la maravilla
de la tarde, el alma respiraba entera
el perfume múltiple que exhala Sevilla,
que es todo el aroma de la Primavera.
Bajo el argentino claro campaneo
que la floreciente tarde armonizaba
sediento de presas, era mi deseo
como el gerifalte que al puño llevaba.
Refrené mi potro... Revoloteaban
las palomas sobre un alféizar, María.
Unas en tus manos el trigo picaban,
y otra, más traviesa, su pico extendía
buscando tus labios, con su tembloroso
plumaje, peinando tu negro cabello...
¡Mi halcón sobre ella lanzóse celoso,
y sus corvas alas las hundió en su cuello!...
¡Y lanzando un grito de horror, dolorida,
a tus propios senos llevaste la mano,
igual que si en ellos sintieses la herida
del amor, que tiene garras de milano!

### María

¿Y cómo mi labio reprimir podría
un grito de angustia si también tu halcón,
al par que apresaba la paloma, hundía
sus garras sangrientas en mi corazón?
Un presentimiento suspiró a mi oído,

con la voz que oímos temblar en un sueño:
—¡Tu alma ya no es tuya!... ¡Su dueño ha venido!...
¡Y alma y vida, juntas, se las dí a mi dueño!
¡Te amo porque eres generoso y fuerte;
porque me subyuga tu altivo mirar;
porque ha encadenado tu orgullo a la muerte
y altivo la miras sin pestañear!
Y cuando mis manos tus rizos separan,
de orgullo y de miedo salta el corazón,
y mis dedos tiemblan, cual si acariciaran
las enmarañadas crines de un león.
¡Reposa en mis brazos! Da todo al olvido...
¿Qué te importan reinos, cetro ni corona?...
¡Con las zarpas prestas y atento el oído,
mi león, tus sueños vela tu leona!

# JUDHITH

## ESCENA V

JUDHITH, HEGLA y HOLOFERNES

HOLOFERNES *(Presentando un vaso a Judhith.)*

MUJER de Betulia, consume este vaso
que mi mano pródiga para ti escanció!
¡El vino, la amante fiebre en que me abraso,

en vez de apagarla, más viva encendió!
El vino es alegre festín de locura...
Hace a los ancianos rejuvenecer,
¡por eso el racimo, cuando el sol madura,
se hincha como un lúbrico seno de mujer!
De antiguas vendimias me evoca cantares.
¡En mis mocedades fuí vendimiador,
y mis propias viñas pisé en mis lagares,
danzando al sonoro batir del tambor!
¡La guerra me brinda vendimias mejores,
y al bañarme en sangre, siento la embriaguez
que sienten, danzando, los vendimiadores
cuando los racimos salpican sus pies!
Vinos como estos no vieron tus ojos...
Tan sólo tus vides dan otro mejor...
¡Aquel que en la copa de tus labios rojos,
hecho miel de besos, escancia el amor!

*(Se aproxima a Judhith, la cual retrocede, temblando.)*

Siempre estás temblando... ¿Qué temor te aqueja?
¡Mujer de Betulia, a mis brazos ven!...
¡Apura mi vaso; pero, en cambio, deja
que el tuyo mis labios apuren también!

*(La intenta abrazar; ella lo esquiva.)*

¡Judhith, bebe y ama!... Tus glorias son esas...
¿Por qué, si te busco, de mí te retiras?
Si anhelo mirarte, ¿por qué no me miras?
Si anhelo besarte, ¿por qué no me besas?

JUDHITH (*Aproximándose humildemente.*)

¡Tiende la paloma su vuelo, asustada,
si mira en los aires cernerse el halcón!...
¿Cómo, señor, quieres que ante tu mirada
no huyan las palomas de mi corazón?
Manda cuanto gustes. Soy tu pobre sierva...
La rosas entre espinas muestra su altivez;
la violeta humilde se esconde en la hierba...
¡Mi amor es violeta, porque es timidez!
¡Tú a tu lado tienes
rosas a millares para tus harenes,
y para tus labios, besos más preciados
que los que mis labios te pudiesen dar!
Tímida violeta que brota en los prados,
¿cómo tus sandalias voy a perfumar?;
yo seré por siempre tu esclava sumisa;
tras de tus miradas irá mi sonrisa
como un escudero tras de su señor.
Seguiré, sangrando, tus carros triunfales;
seré la cisterna de tus arenales
y de tus oasis seré el ruiseñor.
Y cuando regreses de alguna contienda,
limpiarán mis manos de polvo tu arnés.
¡Y para que nada perturbe tu sueño,
cual perro celoso que vela a su dueño,
en tanto que duermas, velaré a tus pies!

(*Apura el vaso.*)

HOLOFERNES (*Enloquecido.*)

¡Sigue, sigue hablando! ¡Flor de las mujeres,
dime lo que sueñas, dime lo que quieres,
pues para halagarte,
aún más que le pidas mi amor ha de darte!
¡Si anhelas riquezas, a tierras lejanas
por oro y por mirras, por sedas y pieles
irán mis bajeles
y los dromedarios de mis caravanas!
Mis hordas, rugientes como tempestades,
saquearán palacios, templos y ciudades,
para regalarte, cual botín de guerra,
diademas, anillos, ajorcas, collares,
todos los tesoros que oculta la tierra
y todas las perlas que ocultan los mares!
¡Si anhelas honores,
echaré a tus plantas, para que los huelles,
los mantos de todos los emperadores
y los aureos cetros de todos los reyes!
¡Y para alto ejemplo
del amor que, avaro, para ti atesoro,
sustentando sobre columnas de oro,
te alzaré un palacio que parezca un templo,
donde, mientras, ruda, mi mano degüella
por ti la más pura y hermosa doncella,
y flota el incienso y tañen laúdes,
surjas fulgurante de gemas, ¡oh hermosa!,

en tu altar de plata, igual que una diosa,
ante el fanatismo de las multitudes!

JUDHITH

(*Herida en lo más vivo de su sentimiento.*)
¡Señor, no blasfemes!
Cállate... ¿No temes
que abrase tus labios la ira del Señor?
Sólo Dios reparte premios y favores...
¿Qué son las riquezas, qué son los honores
que como presentes me brinda tu amor
ante lo infinito de la eternidad?...
Fuera de Dios..., humo... ¡Todo vanidad!...
También, Holofernes, mi Dios es guerrero.
La noche es su manto, el rayo su acero,
y los huracanes sus corceles son...
¡Y cuando retumba su carro de guerra,
se estremece el cielo, retiembla la tierra,
cual si a desplomarse fuera la Creación!

HOLOFERNES

¡En dioses no creo!
Los buscan mis ojos, pero no los veo...
Sólo he visto piedras talladas, con nombres
antiguos y extraños, a quienes los hombres
levantan altares y van a adorar.

Todos son creaciones de picapedreros...
¡Dioses verdaderos
no han visto mis ojos en ningún altar!
¿Habitan los montes o los mares? ¿Dónde,
bella betuliana, su poder se esconde?
Di dónde se oculta, que yo iré a buscarlos,
no para adorarlos...
¡Jamás mis rodillas doblé en sus altares!
¡Puesto que ellos causa de tantos pesares
y miserias son,
iré en son de guerra
a que le devuelvan la paz a la tierra,
o a hundir mis aceros en su corazón!

JUDHITH

¡Cállate, sacrílego! Pon una mordaza
de hierro a tu boca, que al cielo amenaza.
¡Dios no hay más que uno! ¡El Dios de Ysrael!
¡Dobla las rodillas y humíllate a él!
¡Aparta, blasfemo! ¡Me causas horror!
Si tu amor ardiente mi sangre inflamara,
con mis propios dientes mis venas rasgara
para que por ellas se fuese tu amor!

HOLOFERNES

Con tal que calientes mi tálamo helado,

con tal que tu boca su vino me dé,
con tal que tus ojos contemple a mi lado,
a tu Dios, de hinojos siempre adoraré...
Mañana en Betulia, al pie de su altar,
cuatrocientos bueyes ornados de flores,
y hasta mis doscientos guerreros mejores,
por mis propias manos verás inmolar!

*(Se oyen músicas y voces en el salón.)*

¡Adiós, betuliana, me voy a la orgía!...
¡Ya sabes, hermosa, que capaz sería,
por un beso tuyo, de adorar tu Dios!
Al pie de tus muros planté mis reales...
¡Oye mi mensaje! ¡Si dentro de dos
horas no me rindes honores triunfales,
pasaré a cuchillo la ciudad situada!

*(Descorre la cortina y aparece el festín. Todos permanecen inmóviles a la presencia de Holofernes.)*

JUDHITH

¡Mi respuesta ahora escucha, señor!
¡Amor, nunca, nunca se rindió a la espada;
que amor solamente se rinde al amor!

*(Holofernes deja caer la cortina y desaparece.)*

# ABEN-HUMEYA

## ESCENA VIII

DOÑA ISABEL y ABEN-HUMEYA. (Hay un instante de silencio, en el que los dos se contemplan profundamente conmovidos.)

ISABEL *(Rompiendo tímidamente el silencio.)*

Nadie más agradecida
os habrá de estar, señor,
porque dos veces la vida
le debo a vuestro favor!

ABEN-HUMEYA

*(Contemplándola con honda y sincera emoción.)*

Cristiana, dime: ¿Hasta cuándo
te envolverá esa tristeza,
que si aumenta tu belleza
a mí me está amortajando?
¡Deja tus suspiros hoy,
que, en mi enamorado afán,

celoso de ellos estoy...
porque no sé dónde van!
¡Aquí, a tu capricho, tienes
sedas, joyeles y oros,
que son tuyos los tesoros
que custodio en mis harenes!...
¡Y de esta sierra bravía
que de nieve se engalana
serás la altiva sultana
siendo la sultana mía!...
¡Y mañana, cuando, fiera,
en las torres de Granada
flote, al viento desplegada,
la gloria de mi bandera,
tendrás para tu recreo
alcázares, camarines,
miradores y jardines
cual nunca soñó el deseo!...
¡Y si eso no le bastara
a tu ciego frenesí,
una nueva Alhambra alzara
mi cariño para ti!...

Isabel (*Con humilde sencillez.*)

¡Señor, a ofrecerme vienes
lo que el alma no ambiciona,
que el peso de una corona
es mucho para mis sienes!

¡Más que Granada, y su vega,
y su Alhambra, yo prefiero
el recogimiento austero
de mi casa solariega;
y al amor de un soberano,
el casto amor ejemplar
que el sacerdote cristiano,
bendice al pie del altar!
¡Cesad en vuestra porfía,
(*Suplicante.*)
y que os baste el confesaros
que si yo pudiera amaros,
don Fernando, os amaría!

ABEN-HUMEYA (*Con celosa ansiedad.*)

¿A otro amas?... Habla...

ISABEL

(*Después de un corto silencio, con enérgica resolución.*)

¡Sí!

(*Pequeña pausa. Aben-Humeya se estremece, como agitado por la impetuosa violencia de su raza.*)

ABEN-HUMEYA

¡Y a declararlo te atreves
a quien la vida le debes
y su vida cifra en ti!
¡A quien por ti despreciara
el trono de sus mayores,
y de su Dios renegara
en pago de sus favores!...
¿No sabes, en tu anhelar,
que pudiera mi furor
a viva fuerza tomar
lo que hoy me niega tu amor?...
¡Y si place a la fiereza
de mi orgullo soberano
puede rodar tu cabeza
a una señal de mi mano!...

ISABEL *(Con resignada tristeza.)*

Estoy en vuestro poder.
¡Por esclava me tenéis,
y podéis conmigo hacer
todo cuanto deseéis!
Yo, tranquila, me someto,

señor, a tu voluntad...
¡Tan sólo os pido respeto!
¡Mi triste amor respetad!
*(Como disculpándose, con la voz velada por las lágrimas.)*
La noche maldita, cuando
me amparó vuestra hidalguía,
mi corazón, don Fernando,
ya no me pertenecía...
¡Mi honra vuestra acción salvara
mas que no digan, por Dios,
que la defendisteis para
robármela luego vos!
¡Olvidadme, que el olvido
bálsamo será después!...
¡Por vuestros padres lo pido
sollozando a vuestros pies!
*(Se postra de rodillas, regando con su llanto las plantas de Aben-Humeya.)*

Aben-Humeya.

*(Estremecido profundamente por el recuerdo del dolor paterno.)*
¿Por mis padres? ¡Qué irrisión!...
¡No sabes tú, desdichada,
que pudriéndose en Granada
están en una prisión!...

ISABEL.

(*En un llamamiento desesperado de piedad.*)

¡Por tu Dios!

ABEN-HUMEYA.

¡Mi Dios me lanza
al mal si te pierdo a ti,
que eres la sola esperanza
de la fe con que creí!

ISABEL (*Sollozando.*)

¡Por mi amargo padecer!
(*Aben-Humeya, profundamente conmovido, la contempla con los ojos húmedos de lágrimas.*)
¡Por las lágrimas que, hurañas,
tiemblan en vuestras pestañas
sin atreverse a caer!...

ABEN-HUMEYA

(*Después de una terrible lucha consigo

*mismo, como dirigiéndose a algo invisible cuya fatalidad siente en su corazón.)*

¡Cúmplase la voluntad
omnímoda de mi estrella!
¡Otra vez, Aben-Humeya,
solo con la adversidad!
(*Le tiende la mano a Doña Isabel y la alza. Su voz tiene temblores de llanto.*)
Si a mi cariño prefieres
el amor de otro doncel...
desde ahora libre eres...
¡Dios te bendiga, Isabel!
¡Y como dote de bodas,
y espero que lo recibas,
te regalo, Isabel, todas
esas cristianas cautivas!...
¡Adiós, locas ambiciones!...
¡Para mí sólo te pido
que no me des al olvido
al rezar tus oraciones!
¡Y que si caigo algún día
con mi destino luchando,
llores por mí, vida mía,
como estoy por ti llorando!...
*(Se queda un instante llorando con el rostro oculto entre las manos. Doña Isabel lo contempla con profunda piedad.)*

ISABEL

¡No os olvidaré, señor,
y siempre estará mi vida
en deuda y agradecida
a tan inmenso favor!

ABEN-HUMEYA

*(De pronto, bruscamente, como si se avergonzara de su propia debilidad y temeroso de que las fuerzas le abandonen.)*

¡Disponed vuestra partida!
*(Se acerca a la puerta de la izquierda y llama con voz de trueno.)*
¡Partal!

PARTAL

*(Que aparece y se inclina en el umbral.)*

¡Mi señor, mandad!

ABEN-HUMEYA

*(Con los ojos clavados en el Cielo, como pidiéndole fuerzas para el amante sacrificio.)*

¡Adiós, esperanzas vanas!
*(En voz alta a Partal.)*
¡A las cautivas cristianas
da, en mi nombre, libertad!
¡Y, sin perder un momento,
con el escuadrón más fiel,
al cristiano campamento
escolta a doña Isabel!...
*(Sale Partal.)*

ISABEL *(Queriendo besarle la mano.)*

¡Gracias!

ABEN-HUMEYA

¡Márchate, cristiana,
que aún eres mi tentación!
*(Desaparece Doña Isabel, dirigiendo antes una inmensa mirada de piedad a Aben-Humeya. Este la sigue con los ojos. Después intenta ir tras ella; pero se detiene un instante y vacila, apoyando la mano en el corazón.)*
¡A toda pasión humana
te has cerrado, corazón!
*(Se va lentamente por el arco de la izquierda.)*

ERA EL

## ESCENA V

YOLANDA, el CAMINANTE y luego DONCELLAS.

CAMINANTE

(*Aproximándose, sin dejar de mirar, a Yolanda.*)

BUENAS tardes, niña!...
(*Con la voz muy dulce. Desgranando las palabras como las perlas de un collar.*)

YOLANDA

(*Con la voz trémula y los ojos bajos, subyugada y estremecida. Parece que se va a deshacer, al abrir los labios.*)
¡Señor, buenas tardes!

CAMINANTE (*Contemplándola con ternura.*)

(¡Doncella tan bella no encontré jamás!)

YOLANDA (*Cerrando los ojos como adormecida.*)

(¡Deslumbran sus ojos mis ojos cobardes!)

CAMINANTE (*Acercándose con gran cariño.*)

¿Por qué, flor de almendro, tan pálida estás?
(*Ella inclina la cabeza sin atreverse a hablar.*)
¿Qué pena en tus labios impuso su sello?
(*Yolanda llamea de rubor y oculta la cabeza entre las manos.*)
¿Qué rosal sus rosas deshoja en tu tez?
(*Le separa dulcemente las manos y le hace levantar el rostro.*)
¡Muestra tu semblante, que será más bello
entre los rubores de tu timidez!

YOLANDA

(*Tímidamente. Al esfuerzo de su voz tiembla todo su cuerpo.*)
Hace cinco años que mi suerte lloro,
pobre paralítica, sobre este sillón...

CAMINANTE (*Alegremente, animándola.*)

¡Yo seré la alegre campana de oro
que anuncie a tu cuerpo la resurrección!

YOLANDA

(*Alzando los ojos con la voz palpitante de esperanza.*)
¿Sanaréis mis males?

CAMINANTE

(*Con misterio, embriagándola con su aliento.*)
Para darte la vida
con la Primavera he llegado aquí...
¡Tornarán las rosas... Tus penas olvida,
y clava tus ojos de gacela en mí!
(*Arrullándola. Su voz evoca el nocturno del ruiseñor bajo un rayo de luna.*)
Esmeraldas como tu pupila zarca,
no vi en las coronas de ningún monarca,
ni magnolias como tus senos en flor
tiene en sus jardines el emperador.
A tu voz se callan, de envidia, las aves;
caracol marino donde sueña el mar...
¡Azucenas como tus manos suaves

no vieron mis ojos en ningún altar!...
Tus labios, fragante joyel de rubíes...
¡Las rosas más frescas que en mi senda hallé!...

(*Ella se extenúa en un delirio de amor, con los ojos bajos y la faz pálida, como si fuese a desvanecerse.*)

¿Por qué estás tristes? ¿Por qué no sonríes?

YOLANDA (*Abriendo los ojos ingenuamente.*)

Si te causa agrado, señor, sonreiré...

(*Hace un esfuerzo, levanta la cabeza y sonríe dulcemente.*)

CAMINANTE

¡Por otra sonrisa de tus labios diera
mi casco, mi espada, mi viejo laúd!...
¡Todos los jazmines de la Primavera
y todas las rosas de mi juventud!

(*Insinuante. Su voz tiembla de deseo.*)

¡Ábreme, doncella, tu senda florida!...
Sonríeme siempre...

YOLANDA

(*Súbitamente, como si se preguntase a sí misma.*)

¿Quién eres, señor?

## Caminante

*(Con toda la vehemencia de su juventud frenética de vida.)*
¡Soy un caminante que cruza la vida,
mitad peregrino, mitad trovador!
Cuando la alegría del abril florece
por las verdes sendas, surjo en mi corcel,
y mi canto errante la selva estremece
y deja en los labios dulzuras de miel...
Camino impaciente, porque llevo prisa,
porque tengo a muchos sitios que llegar...
Mis pasos detiene sólo una sonrisa,
y rosas mi mano deshoja al pasar...
Visto seda y oro, mas ciño armadura,
manejo la cítara igual que la espada...
¡Mi boca, doncella, con sus besos cura,
y matan mis ojos con una mirada!...
No hay reja ni muro que ante mí no ceda;
a mi voz se abren todos los jardínes,
y mis manos tejen la escala de seda
que asalta el misterio de los camarines.
El sueño es mi heraldo, la dicha mi esclava;
y guardo más joyas en mi corazón
que en sus dromedarios la reina de Saba
y en sus camarines el rey Salomón...
Siempre tras mi pasos florece el recuerdo...
Toda mi fortuna la juego al azar...
Me encojo de hombros, con desdén, si pierdo;

¡si gano, de nuevo la vuelvo a jugar!...
Asciendo a las cumbres y atravieso llanos.
¡Todos los caminos para mí son buenos
porque sé que en todos espera mis manos
para abrir su cáliz la flor de unos senos!
*(En voz más baja, aproximándose más a Yolanda.)*
En las silenciosas noches ¿no has oído,
lo mismo que un vago suspirar del viento
entre los ramajes del jardín florido,
bajo tus ventanas resonar mi acento?
¿Cruzar por tus sueños nunca me has mirado
galopando sobre fogoso corcel?
¿Jamás me llamaste?... ¿Nunca me has besado?
¿No ciñó mi brazo tu cintura?

YOLANDA

*(Temblando bajo el convencimiento del milagro.)*
(¡Es él!)

CAMINANTE

*(Insinuante. Su acento y sus miradas llamean de pasión.)*
Una vez... ¿recuerdas?... Al ver en un nido
a dos golondrinas el pico juntar,
se abrió suspirante tu labio encendido
como si sintieras ansias de besar...

Cerraste los ojos y palideciste...
Tu cuerpo era fuego y tus labios miel...
Que yo te besaba, entonces, creíste,
¡y ahora aún te estremece su recuerdo!...

YOLANDA (*Estática de felicidad, como soñando.*)

(¡Es él!)

CAMINANTE

Otra vez, ¿recuerdas?... Fué esta tarde, cuando,
el cántaro al hombro, camino a la fuente
las bellas doncellas pasaban cantando,
doblaste llorosa tu pálida frente,
la suerte envidiando
de aquella zagala que, junto al camino,
agua de su cántaro le ofreció al doncel...
Tú también soñaste con un peregrino
joven y gallardo como yo...

YOLANDA (*Como ebria de felicidad.*)

(¡Es él!)

CAMINANTE

Pues aquí ya tienes a aquel que esperabas,
a quien sonreías, por quien suspirabas
al mirar los nidos, al oir los cantares...
¡Viene con sus labios a sanar tu mal,
para que el naranjo dé sus azahares,
para que de rosas se cubra el rosal!
(*Le toma violentamente las manos, oprimiéndolas entre las suyas, mientras las contempla con vehemencia.*)
Así, con tus manos en mis manos presas,
dándome tus ojos su ardiente embriaguez.
¿Por qué no sonríes? ¿Por qué no me besas?...
(*La besa con pasión delirante.*)
Tu beso es la gloria... ¡Bésame otra vez!
(*Ella le tiende los brazos y le besa con frenesí.*)
Yo haré que se acaben tus negros quebrantos.
Con mi boca, a besos, secaré tus llantos...
A tus inquietudes brindaré reposo;
te daré el aroma de mi juventud...
¡Y tu frágil cuerpo, bello y armonioso,
vibrará en mis manos igual que un laúd!
¡Bésame!
(*Vuelve a besarle aún con más ímpetu.*)

YOLANDA (*Expirando de felicidad.*)

¡Me matas... tu boca es de miel!...
(Son sus mismos besos... Los mismos... ¡Es él!)

## Caminante

Deja que en los brazos con que me encadenas,
te beba hecha besos, mis labios, voraz,
hasta que se queden exhaustas tus venas,
sin miel tus panales, sin rosas tu faz...

## Yolanda

Bajo el inflamado soplo de tu aliento,
mi cuerpo y mi alma — ¡toda yo! — me siento
como entre las lenguas de un incendio arder.
(*Con delirio. Tendiéndole de nuevo los brazos.*)
¡Bello caminante, si vienes sediento,
aquí está mi fuente!... ¡Sécala al beber!
¡Sécala, bien mío,
hasta que me dejes su cauce vacío,
hasta que no tenga ni una gota ya,
que al morir, la fuente te bendecirá!...

(*Pequeña pausa. Permanecen un instante abrazados. Todas las hidras del deseo parecen enroscarse a sus cuerpos, fundiéndoles en un mismo vértigo de amor.*)

¿Verdad que tus besos sanarán mis males
como el aire tibio cura los rosales?
¿Verdad que algún día me verás risueña
por esas praderas tras de ti correr,
y en la vieja fuente donde el agua sueña

me darás tus labios al atardecer?
¿Verdad que tu mano por esos senderos
como un corderito me conducirá,
mientras suena el canto de los pasajeros
y el sol lentamente muriéndose va?
¿Verdad que en las noches de azul y de plata
canciones no oídas me dirá tu amor,
mientras llora el viento con la serenata
que a las rosas nuevas le da el ruiseñor?

(*Suplicante, tomándole las manos como si quisiera convencerse de la realidad de su dicha.*)

¡Señor, con tus puras manos de azucenas
deshace estos lazos, rompe las cadenas
que a la tierra dura sujetan mi pie!...
¡Sostenme en tus brazos!... ¡Quémame en tus [llamas!
¡Señor, con tus labios de miel, bésame!

(*Él vuelve a besarla. De pronto ella se vuelve anhelante.*)

Mas dime, ¿quién eres?... Di, ¿cómo te llamas?

CAMINANTE

(*Sonriente, con volubilidad de agua que corre, de nube que pasa, de pájaro que salta de rama en rama, de todas las cosas inconscientes, ligeras y bellas de la Naturaleza.*)

¡Pregunta mi nombre a los ruiseñores,
a los blancos cisnes, a las margaritas,

a todas las cosas que mueren de amores!
Lo saben los astros, la luna y las flores
que alumbran y aroman las nocturnas citas.
¿Mi nombre? ¿Mi nombre?... No tengo ninguno
y los tengo todos, porque a todos uno
y fundo en un lazo...
Con todos un mismo sentimiento expreso.
¡Ciño tu cintura... y me llamo abrazo;
y beso tu boca... y me llamo beso!...

UNA VOZ DE DONCELLA

(*Cantando a lo lejos. Su sombra pasa como un relámpago de obscuridad por la estancia.*)

¡Si tienes sed, caminante,
al pie del rosal te espero,
para que beban tus labios
en mi cantarico nuevo!

(*El Caminante, al oirla, se desprende de los brazos de Yolanda, como atraído por un nuevo encanto irresistible.*)

CAMINANTE

(*Disponiéndose a partir, alegremente, como después de una siesta, a la sombra de un árbol del camino.*)

Me marcho... Me esperan...

YOLANDA

(*Haciendo un esfuerzo inaudito para detenerle.*)
Detente un instante.
¡Si aún la sed te dura,
si aún quema tus labios, bello caminante,
para que me bebas, yo seré agua pura!

CAMINANTE

Me voy como vine: impensadamente...
Me aguarda otra fuente...
Después otra y otras... Camino de prisa...
¡Ya aspiré tu aroma, rosa del camino!...
¡Tu dulce sonrisa,
fuentecita clara, bebió el peregrino!...
Mi destino es ese: siempre caminar.
En la paz fragante de otras nuevas sendas
volveré a cantar
mi amor de romero, mi amor de leyendas,
del que soy el héroe y al par el juglar...

UNA VOZ DE DONCELLA (*Cantando más lejos.*)

¡Caminante, caminante,
no tardes, porque si tardas,
mi cantarico de oro
estará lleno de lágrimas!...

CAMINANTE (*Besando a Yolanda rápidamente.*)

¡Adiós!... Se impacientan... Otro beso...
(*Se inclina y vuelve a besarla. Yolanda hace un esfuerzo terrible para levantarse.*)
¡Adiós!
(*Se aleja a recoger su manto.*)

YOLANDA

(*Crujiendo toda en el esfuerzo de su imploración, con los brazos tendidos hacia el Caminante.*)
¡Nadie separarnos puede ya a los dos!...
¡No huyas, caminante!...
Aún me quedan besos...

CAMINANTE (*Sin dejar de sonreír.*)

Tu labio está frío...
Adiós... Tengo prisa...

YOLANDA (*Con desesperación.*)

¡Espera un instante!...
(*El milagro florece en su cuerpo. Yolanda rompe

*sus cadenas invisibles y se alza triunfalmente, corriendo hacia el Caminante.*)
¡Milagro! ¡Milagro!...
(*Con júbilo infinito, como ebria de la más intensa felicidad.*)
¡Al fin, ya eres mío!...
(*Le sujeta por el manto.*)

CAMINANTE

(*Rechazándola suavemente y dejando en sus manos el manto de púrpura.*)
¡No puedo!... Me esperan... ¡Te dejo mi manto
para que en sus sedas enjugues tu llanto!
(*Sale precipitadamente por la puerta.*)

YOLANDA

(*Llegando en un esfuerzo supremo hasta el umbral.*)
¡Detente, por Dios!
(*Gritando.*)
Escucha... No huyas...
(*Se oye el arrancar del caballo.*)
Tente...
(*Parece que va a desvanecerse y se apoya en el umbral.*)

CAMINANTE (*A lo lejos.*)

¡Adiós!... ¡Adiós!

(*La voz del caminante y el galopar del caballo se pierden en la distancia. En el umbral continúa Yolanda sollozando. El crepúsculo invade de una tristeza suave y fría el paisaje. Por el arco aparece la madre con un haz de hierba y la hoz bajo el brazo. Se queda atónita al ver a su hija, y dando un grito, corre a abrazarla.*)

# LA LEONA DE CASTILLA

## SEGUNDO ACTO

### ESCENA IX

DOÑA MARIA DE PACHECO y DON PEDRO DE GUZMAN. (Que aparecen conversando por la última puerta de la izquierda.)

DOÑA MARÍA (*Con solicitud.*)

Os causa daño vuestra herida?

DON PEDRO

¿Cómo sentir, señora, el daño,
si la ha vendado vuestra toca
y la han curado vuestras manos?
(*Pequeña pausa.*)

DOÑA MARÍA

(*Queriendo romper aquel silencio angustioso.*)
¡Gallardamente combatisteis!

DON PEDRO

¿Y cómo no lidiar gallardo
el que desprecia la existencia
porque la muerte va buscando?
(*Un nuevo silencio vuelve a pesar sobre sus corazones.*)

DOÑA MARÍA (*Como recordando.*)

Cuando en la Alhambra, entre las flores,
de regios cármenes jugábamos,
¡ay!, ¡quién pensara que algún día
os viera entrar ensangrentado,

como rendido prisionero,
por el umbral de mi palacio!

DON PEDRO

(*Vivamente con acento doloroso.*)
¿Cuándo dejó de ser mi vida
esclava vuestra, si al miraros,
en las mazmorras de esos ojos
quedó mi espíritu apresado?
(*Pequeña pausa de evocación y de quietud.*)

DOÑA MARÍA

¿Os acordáis? ¡Un medio día
jugando solos en el Patio
que llaman de los Arrayanes,
queriendo yo espantar un pájaro
que desgranaba sus canciones
entre las flores de un naranjo,
con una piedra, sin quererlo,
herí de pronto vuestros labios!...
¡Después, desde estos almenares,
sin que pudiera sospecharlo,
con el astil de una saeta
bañé de sangre vuestro manto!...

DON PEDRO

¡Sin querer, todas mis heridas
las abren siempre vuestras manos!

DOÑA MARÍA

¡Mas recordad también que ellas
las que os abrieron os cerraron!...

DON PEDRO

*(Con todo el fuego de su pasión desesperada.)*
¡Pero hay, señora, acaso alguna
que en mi interior está sangrando,
y ésa cerrarla no han podido
vuestras piedades ni los años!
¡La misma Muerte no la cura,
pues como sangra en lo más santo
del alma y es el alma eterna,
poder no tiene para tanto!

DOÑA MARÍA *(Severamente.)*

¡Herida es esa, caballero,
para la cual no existen bálsamos!

¡Rogad a Dios que os los conceda,
porque Dios sólo puede dároslos!

DON PEDRO

(*Después de un corto silencio, bajando tristemente la cabeza, con la voz rota de emoción.*)

¿Para qué hablasteis de Granada
y de las horas que pasamos
juntos, soñando en los jardines
de aquel Alcázar encantado?
¿Por qué evocar al que de pronto
ciego, señora, se ha quedado
la luz y el sol que en otros tiempos
a sus pupilas deslumbraron?

(*Acercándose más a ella.*)

¿Os acordáis, Doña María?
Hace ya más de veinte años,
y aún me parece que la escena
están mis ojos contemplando...
Tras larga ausencia, en las que anduvo
con las banderas de Gonzalo
de Córdoba, por las feraces
tierras de Italia, guerreando,
lleno de gloria regresaba
sobre su potro jerezano
al paraíso de Granada
un caballero enamorado...
¡Con qué placer sus ojos vieron,

entre el incendio del ocaso,
brillar las torres de la Alhambra
sobre los cármenes del Darro!
—¡Tras las moriscas celosías
de un ajimez de oro y de mármol,
me esperarán aquellos ojos
que mis tinieblas alumbraron!...
—dijo el doncel... Y de impaciencia
y de ternura palpitando,
hundió los férreos acicates
en los ijares del caballo,
que, estremecido hasta las crines,
veloz, sorbiéndose el espacio,
tendido, entró por Puerta Elvira
lanzando chispas bajo el casco.
La gente, al verle, se decía:
—¡Ved qué jinete tan bizarro!—
Y él, orgulloso, murmuraba,
la crin del potro acariciando:
—¡Vuela corcel, que allá me esperan
rotos en miel aquellos labios
que por la cruz de aquesta espada
amor eterno me juraron!—
Casi en la cuesta de Gomeles
sintió el estruendo limpio y claro
de las campanas de la Alhambra,
que estaban todas repicando.
—¿Por qué repican con tal brío?—
dijo, su potro refrenando...
Y alguien repuso:—¿No conoce

las novedades el hidalgo?
¡La hija del Conde de Tendilla
esta mañana se ha casado
con el más noble caballero
que en sus cristales miró el Tajo!—
¡Quiso estallarle la armadura;
quedóse mudo, inmóvil, pálido,
y, por la noche, de su alma
cruzó la sombra del espanto!...
¡Y de Granada para siempre
salió, sintiendo entre sus labios
arder el fuego del infierno
en el ácibar de su llanto!...

(*Bajando la voz y mirando fijamente a Doña María.*)

¿Conocéis vos, Doña María,
a ese galán enamorado?

DOÑA MARÍA

(*Después de una breve pausa, alzando serenamente la frente y* con *la voz firme, aunque un poco emocionada.*)

¡Aunque le conociera,
y con el alma entera
sintiese su dolor, lo callaría,
que si basta la nube más ligera
para empañar el sol del medio día,
un recuerdo inocente,

la más leve sonrisa, una mirada,
pueden también nublar eternamente
el límpido cristal de un alma honrada!

DON PEDRO

(*Protestando caballerescamente.*)
¡Mi señora!...

DOÑA MARÍA

¡Olvidemos
aquel sueño, Guzmán, que hemos soñado;
y en nuestros corazones sepultemos,
para siempre, el recuerdo del pasado!
¡Recobrad vuestro temple valeroso,
y trocad ese afecto que os humilla
por un amor más grande y generoso:
el amor infinito de Castilla!
¡De esa austera e indómita matrona,
que, prodigando al oro sus desdenes,
ha forjado con hierro su corona
para que dure más sobre sus sienes!
¡Ayer fué fuerte, ubérrima y altiva
como su propia tierra .. ¡Y vedla ahora
cual destronada emperatriz cautiva
que entre sus hierros su grandeza llora!...
¡Contemplad destruídas sus ciudades,

afrentado su honor, rotos sus fueros,
y holladas sus antiguas libertades
por la planta de impuros extranjeros,
que, sedientos de honores y tesoros,
tiñendo en nuestra sangre su cuchilla,
se entraron por las puertas de Castilla
cual si fueran, Guzmán, tierra de moros!
De la opulenta y pródiga Medina
del Campo, los escombros humeantes;
de Burgos, los suplícios infamantes;
de tantos pueblos, la sangrienta ruina;
la gleba, estéril, y el taller, deshecho...
Y tantas insolencias y desmanes,
¿cómo no han despertado en vuestro pecho
el antiguo valor de los Guzmanes?

### Don Pedro

(*Enternecido por las palabras de Doña María.*)
¡Qné mal me conocéis, Doña María!
Si yo tuviese ahora
alguien por quien luchar, ¿creéis, señora,
que en contra de mi patria lucharía?
¡Castellano nací, y amo la tierra
que regaron con sangre mis abuelos
y de mis muertos la ceniza encierra;
pero al campo enemigo, en esta guerra,
me arrastraron las ansias de mis celos!
Hubo un hombre en la tierra a quien odiaba

con tan ciego furor, con sed tan loca,
que para el frenesí que me abrasaba
era la sangre de sus venas poca...
¡Él con los comuneros militaba;
y yo, para poder con más vehemencia
saciar mis ciegos odios infernales,
desoyendo la voz de la conciencia,
me alisté en las banderas imperiales!

DOÑA MARÍA (*Con gesto desesperado.*)

¡No pronunciad su nombre!... ¡Os lo suplica
mi corazón!

DON PEDRO

El odio se ha apagado...
¡Cuanto toca la Muerte, santifica,
y hoy es su nombre para mí sagrado!
¡Vos fuisteis la culpable!... Mas ahora
que el odio se extinguió, brindaros quiero,
para seguir luchando, el fuerte acero
que humilde rindo a vuestros pies, señora!
(*Rinde cortésmente la espada mientras estalla un clamor confuso bajo las almenas. Los dos vuelven bajo el arco a observar. La luz de la luna platea la noche.*)

# LA MAJA DE GOYA

## SEGUNDO ACTO

### ESCENA V

LA MAJA y BENITA PASTRANA

BENITA PASTRANA

*(Tendiendo los brazos al cielo en una fervorosa imploración.)*

OH, Virgen de Atocha, ampara
a tu pueblo y a mi amor!...

LA MAJA

(*Escuchando desde el balcón como acrece el clamoreo de las campanas que tocan a rebato.*)

¡Cada vez más fuerte y clara,
la campana su clamor
de plata vierte en la brisa,
y repica tan ligera,
y clama con tanta prisa,
cual si socorro pidiera!...
Otra gime más cercana,
y otra a lo lejos implora,
¡y toda la angustia humana
lágrimas de bronce llora!...
Un escándalo de oro
de otro campanario asciende,
y el clamor raudo y sonoro
por todo Madrid se extiende,
rápido, terco y fatal,
propagándose en el viento
cual ráfagas de un violento
ronco incendio de metal!...
¡Y aunque es doliente su son
y llantos de angustia vierte,
no son campanas de muerte
sino de resurrección,
pues cada queja, sonora,
va clamando bajo el sol!
¡Despierta, pueblo español,
que ya ha sonado tu hora!...
¡Vuela a la lid!... ¡La victoria
trémula de amor te espera,
dormida, bajo la gloria
inmortal de tu bandera!...

BENITA PASTRANA (*Orando.*)

¡Santa Madre del Señor,
no abandones en la lucha
a tus hijos!...

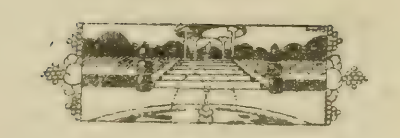
LA MAJA

(*Ebria de entusiasmo, arrastrando a Benita hacia el balcón.*)
¡Ven y escucha
el ronco y sordo rumor
de la furia popular
que a lo lejos clamorea
cual la indómita marea,
siempre creciente, de un mar
que en rabiosa convulsión
hierve, se estremece y ruge,
revuelto, bajo el empuje
de las alas de un ciclón!...
Y ese embravecido estruendo
de imprecaciones lejanas,
parece que está diciendo
al clamor de las campanas:
¡No es preciso vuestro alerta
para asombrar a la Historia!

¡Campanas, tocad a Gloria,
que el pueblo español despierta!...

(*Una sorda gritería irrumpe la calle. Las dos amigas se inclinan para ver*.)

(INÉDITO.)



# SONETOS

El soneto es la forma predilecta de mi poesía, por ser la más concreta, la más sintética y definitiva de todas.

Libre de su pesada rigidez académica, el soneto moderno adquiere alas, viste sedas suaves y tiene ritmos y modalidades nuevas, que le hacen apto para reflejar aun los más leves y sutiles matices de la emoción y del pensamiento.

En esta serie he incluído los más característicos, los más personales de tantos como he escrito, aquéllos que

puedan servir para estudiar mejor la evolución de mi espíritu a través de mi Arte.

## PAGANA

El cisne se acercó. Trémula, Leda
la mano hunde en la nieve del plumaje,
y se adormece el alma del paisaje
en un rojo crepúsculo de seda.

La onda azul, al morir, suspira queda;
gorjea un ruiseñor entre el ramaje,
y un toro, ebrio de amor, muge salvaje
en la sombra nupcial de la arboleda.

Tendió el cisne la curva de su cuello,
y con el ala—cándido abanico—
acarició los senos y el cabello...

¡Leda dió un grito, y se quedó extasiada...
y el cisne levantó, rojo, su pico,
como triunfal insignia ensangrentada!

# LA SONRISA DEL FAUNO

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas,
y mustias languidecen, nostálgicas de amores,
sin que haya quien aspire sus púdicos olores...
¡Hay almas que agonizan lo mismo que esas rosas!

Las mariposas tienden sus alas temblorosas,
y en una loca orgía de luces y colores,
ebrias de amor expiran en tálamos de flores...
¡Hay vidas que se acaban como esas mariposas!

—¡Oh, púdicas vestales! ¡Oh, locas meretrices!
¿Quiénes son más hermosas? ¿Quiénes son más [felices?
Los hombres preguntaron, en una edad lejana,

a un Fauno que, en las frondas oculto, sonreía...
Hace ya muchos siglos... ¡Y en la conciencia hu- [mana
el Fauno, a esa pregunta, sonríe todavía!

# AVE, FÉMINA

Te vi muerta en la luna de un espejo encantado.
Has sido en todos tiempos Elena y Margarita.
En tu rostro florecen las rosas de Afrodita,
y en tu seno, las blancas magnolias del Pecado.

Por ti mares de sangre los hombres han llorado.
El fuego de tus ojos al sacrificio incita,
y la eterna sonrisa de tu boca maldita
de pálidos suicidas el infierno ha poblado.

¡Oh, encanto irresistible de la eterna Lujuria!
Tienes cuerpo de Angel y corazón de Furia,
y el áspid, en tus besos, su ponzoña destila...

Yo evoco tus amores en medio de mi pena...
¡Sansón, agonizante, se acuerda de Dalila,
y Cristo, en el Calvario, recuerda a Magdalena!

# HISTÉRICA

Enferma de nostalgias la ardiente cortesana,
al rojizo crepúsculo que incendia el aposento,
su anhelo lanza al aire, como un halcón ham-
[briento,
tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Sueña con las ergástulas de la Roma pagana;
cruzar desnuda el Coso, con el cabello al viento;
y embriagarse de amores, en el Circo sangriento,
con el vino purpúreo de la vendimia humana.

Sueña... Un león celoso, veloz salta a la arena,
ensangrentando el oro de su rubia melena.
Abre las rojas fauces... A la bacante mira...

Salta sobre sus pechos, a su cuerpo se abraza...
¡Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza,
los párpados entorna... y sonriendo expira!

## PAN

Soy un alma pagana. Adoro al Dios bifronte,
y persigo a las ninfas por las verdes florestas;
y me gusta embriagarme, en mis líricas fiestas,
con vino de las viñas del viejo Anacreonte.

¡Que incendie un sol de púrpura de nuevo el ho-
[rizonte;
que canten las cigarras en las cálidas siestas,
y que las ninfas dancen al son del sistro, expues-
[tas
al violador abrazo de los faunos del monte!

¡Oh, viejo Pan lascivo!... ¡Yo sigo la armonía
de tus pies, cuando danzas!... Por ti amo la alegría
y a las desnudas ninfas persigo por el prado.

¡Tus alegres canciones disipan mi tristeza;
y la flauta de caña que tañes, me ha iniciado
en todos los misterios de la eterna Belleza!

# RENACIMIENTO

El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje;
y cuando quiero ríe, y cuando quiero vuela;
y he domado a mi estilo como a un potro salvaje,
a veces con el látigo y a veces con la espuela.

Conozco los secretos del alma del paisaje,
y sé lo que entristece, y sé lo que consuela;
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje
conocen la invencible firmeza de mi vela.

Amo los lirios místicos y las rosas carnales,
la luz y las tinieblas, la pena y la alegría,
los ayes de las víctimas y los himnos triunfales...

¡Y es el eterno y único ensueño de mi estilo,
la encarnación del alma cristiana de María
en el mármol pagano de la Venus de Milo!

# MISTICA

En el viejo jardín de la abadía
se alza de un santo monje la escultura,
que turba con fúnebre blancura
de los cielos la azul monotonía.

Silenciosa, las horas desafía,
con la mirada inmóvil en la altura,
y proyecta en la trémula espesura
la sombra de su gris melancolía.

¡No hay pájaros, ni suena una plegaria
en el jardín. Tan sólo cuando vierte
el sol la sangre de su luz postrera,

se enrojece la estatua solitaria,
como si bajo el mármol de la Muerte
el rosal de la Vida floreciera!

# CRISTIANA

Como en Jordán de Gracia, me he bañado
con tu santa palabra milagrosa,
y es gozo la tortura que hoy me acosa,
porque Vos, mi Señor, me la habéis dado!

¡A fuerza de cilicio he domado
la fiera de mi carne lujuriosa,
y hoy te ofrezco mi cuerpo, blanca rosa,
que una lluvia de sangre ha salpicado!—

¡Así clamó la tórtola divina...
Y mientras con la dura disciplina
los lirios de su carne maceraba,

la brisa del jardín traía aromas,
y en la ventana abierta se arrullaba
una blanca pareja de palomas!

## TERESA DE AVILA

Tanto, Señor, en mi locura os quiero,
y es mi pasión tan honda y tan sincera,
que por gozar vuestro sufrir, quisiera
ser clavada con Vos en el madero.

¡Presa en la cárcel de la vida, espero
que vuestra mano libertarme quiera,
y es tan larga y tan lóbrega la espera,
que muero, buen Jesús, porque no muero!—

¡Así clamó la Santa enamorada;
y, tras largo cilicio extenuada,
se desplomó, desnuda, sobre el lecho;

el párpado caído y tembloroso,
ávido el labio y palpitante el pecho,
esperando los besos del Esposo!

# EL ALMA DE LA FUENTE

En el azul del claro firmamento
la luz se va apagando lentamente,
como el rumor de una lejana fuente
que en la calma nocturna agita el viento.

Se ha perdido la voz, pero el acento
temeroso y fugaz, la balbuciente
palabra de dolor, eternamente
en mis oídos resonar la siento.

Es un grito, un suspiro, toda el alma
que desfallece, que se va y nos deja
solos, en medio de la noche en calma,

y, temblando, resurge nuevamente
en la fugaz y cristalina queja
del agua fugitiva de la fuente!

# MÚSICA TRISTE

SURGE la voz melódica y serena...
Un recuerdo le asalta... De repente
se le ve vacilar, y nuevamente
clama de angustia y de cariño llena.

Vuelve a callar, y trágica resuena,
en un aye angustioso y balbuciente,
que se extingue en el aire lentamente,
como una larga lágrima de pena.

Igual que el grito de una alondra herida
en el sereno azul vibra su queja...
Se pierde entre sollozos y lamentos,

y naufraga, vibrando dolorida,
en un mar de rumores que semeja
una selva agitada por los vientos!

# MIENTRAS CAEN LAS HOJAS

MIENTRAS lloran las hojas lentamente,
y agoniza el crepúsculo, te escribo
este soneto, en cuyo son doliente
latir mi propio corazón percibo.

Doblo en las manos la abatida frente,
y me quedo suspenso y pensativo...
Sólo el rumor cercano de una fuente
me viene a recordar que por ti vivo.

¡Versos de Otoño! Igual que los rosales
que se deshojan a la lluvia, lentos,
van muriendo mis viejos ideales...

La noche avanza, y en su paz obscura,
vuelan a ti mis tristes pensamientos,
buscando en tu recuerdo sepultura!

## ROMEO Y JULIETA

ADIÓS, mi vida!.., Su fulgor rosado
la aurora, desde Oriente, nos envía...
—Es la Luna que vierte todavía
sobre el jardín su sueño plateado.

—Hasta el cielo, su vuelo ha levantado
la clara alondra, saludando al día...
—No, es la alondra quien canta, vida mía!...
El ruiseñor, que trina en el granado!—

De amor Julieta desfallece y llora...
Morir su cuerpo tembloroso siente
entre los brazos del amado preso...

Calla la alondra en el azul... La aurora
enrojece de amor en el Oriente,
al escuchar las músicas de un beso!

# PÓSTUMA

Le dijo al corazón:—Llegó tu hora.
La tierra abierta y silenciosa espera;
gime un responso, y, lenta y plañidera,
en el ocaso, la campana llora.

Bajo la tierra, al beso de la aurora,
al florecer la nueva Primavera,
se abrirá la romántica quimera
que nuestra alma y nuestra carne enflora!

Serán tus sueños luminosas rosas;
y cuando con sus manos temblorosas
ella las corte para su tocado,

al morir de placer en su cabello,
le dará su perfume todo aquello
que tú soñabas darle y no le has dado!

# ORO VIEJO

¡Oh camarín por el amor creado
para el ocio oriental de una sultana!...
¡De tu antiguo esplendor, sólo una vana
sombra sobre tus muros ha quedado!

¡Tanta leyenda y tanto alicatado,
tanto oro, tanto azul y tanta grana,
la ineptitud de la barbarie humana
bajo la cal del tiempo ha sepultado!

Hoy, cual escrito en una vieja seda
con oro por los años deslucido,
sólo el nombre de Dios encuentra el hom-
[bre...

Así es mi corazón... En él no queda
bajo la sucia cal de tanto olvido
sino el oro borroso de tu nombre!

# JARDIN DE OLVIDO

Tienes, viejo jardín, como un remoto
olvido que la muerte descolora...
¡Poder dejar mi vida soñadora
sin sueños, en tu paz, como un ex voto!...

Sobre la palidez de un mármol roto,
en el silencio que la Luna dora,
sólo una fuente, gota a gota, llora
la eternidad de algún dolor ignoto!

¿Qué amargura recóndita y sincera
de tu alma de cristal se ha apoderado?. .
¿Por quién llora tu voz eternamente?

¡Corazón, corazón!... ¡Ay si pudiera
este secreto amor inconfesado
llorar—hasta morir—como esa fuente!

# PUREZA DE JAZMINES

JAZMINERO, tan frágil y tan leve
que bastara con un soplo de aliento
para que disipases en el viento
tu intacta castidad de plata y nieve!...

¡Tu pureza me evoca aquella breve
mano de espumas y de encantamiento,
que ni siquiera con el pensamiento
mi corazón a acariciar se atreve!

Con su blancura a tu blancura iguala;
con tus piedades sus piedades glosas...
Como tú, tiene el corazón florido;

y, también como tú, también exhala
sobre el eterno ensueño de las cosas
un perfume de amor, luna y olvido!

# LA AGONIA DEL NARDO

Sin que el dolor su término acelere,
al borde de la alberca cristalina,
tu perfumada palidez se inclina
como el cuello de un cisne que se muere!

Tu alma de mártir sucumbir prefiere
a descubrir el cáncer que la mina,
bendiciendo, al morir, hasta la espina
que lo más santo de su carne hiere!

Te deshojas por no sacarte el dardo;
y un perfume de lágrimas parece
que viertes sobre el patio mudo y quieto...

¡Corazón, corazón, como ese nardo
su pálida belleza desfallece,
llevándose a la tumba su secreto!

## EL RUISEÑOR CANTA

RASGA el silencio una argentina escala...
Suspira, besa, desfallece, implora...
es flor que tiembla, surtidor que llora;
nostalgia que al azul remonta el ala!...

Un ay de angustia, al expirar, exhala;
y en el celeste encanto de la hora,
como una lenta lágrima sonora,
de alguna estrella hasta el jardín resbala.

¡Como ese ruiseñor—oh, amor cautivo,
en el que estoy a un tiempo muerto y vivo!—
cuando surja la Luna y todo calle,

encerrado en tu negro calabozo,
canta y llora por ella, hasta que estalle
mi corazón entero en un sollozo!

# MORAIMA

Las gacelas, los cisnes, las palomas,
no tuvieron pupilas tan suaves;
ni el ritmo de tu voz tienen las aves,
ni los nardos de Oriente tus aromas!

Del Paraíso las celestes pomas
no destilan la miel a que tú sabes,
¡oh, maravilla de ademanes graves,
que tigres riges y leones domas!

Florece de imposible cuanto besas;
cuanto tocan tus manos, palidece;
y cuando nuestros sueños atraviesas,

huye el dolor, el porvenir se aclara,
y todo canta, aroma y resplandece,
como si el Angel del Amor pasara!

## LINDARAXA

Antes de ir a luchar contra el cristiano,
en su pupila tu pupila triste,
y tu mano temblando entre su mano,
amor, eterno amor, le prometiste!

Llorando siempre le esperaste en vano...
Pasar las horas y las lunas viste
sin que a tus brazos regresase ufano
el noble Emir a quien la vida diste!...

Sujeto por las sedas del rendaje
su caballo—sin él—te trajo un paje...
Y desde aquella noche, en tu retiro,

como una casta y pálida azucena,
engarzando suspiro con suspiro,
tu alma de mártir se murió de pena!

# ZULIMA

En el silencio de tus camarines,
jamás, Zulima, de tu lecho alejas
al imberbe Zegrí. cuyas guedejas
perfumas de heliotropos y jazmines.

Para sus labios son como festines
de miel, los besos que en su boca dejas,
más dulces que el panal que las abejas
liban en la quietud de tus jardines!

En los misterios del amor le inicias,
y hay algo maternal en tus caricias...
Y el rubio y perfumado pajecillo,

cuando en tus velos de ilusión lo encubres,
es—en tu seno—como un cervatillo
bebiendo amor de las maternas ubres!

## FÁTIMA

Fátima, ¿qué pasión oculta hiere
tu corazón con invisible dardo?
¡Mas triste palidez no angustia al nardo
que en los olvidos del jardín se muere!

Tu anhelo gime sin que nada espere:
—¡Bendito el fuego en cuyas llamas ardo!...
Tu voz es débil, y tu paso es tardo,
¡que ni tu planta sostenerte quiere!...

Como en un pebetero, en tus pesares
tu vida entera exhala su perfume...
¡Y hasta las perlas que ornan tus collares,

una tras otra, su color perdiendo,
sobre tu seno que el amor consume,
lentamente, de amor, se van muriendo!

# LEILA

LEILA—dijo el Emir—eres mi presa!
Y sin prestar oído a su amargura,
estrechando en sus brazos la cintura,
el blanco seno le besó con esa

voracidad senil que, cuando besa,
a la par que besar, morder procura...
Y Leila, lacrimosa, vió en la albura
de su seno sangrar como una fresa!...

El Emir se alejó... Y ella, un instante,
oculto entre las manos el semblante,
sollozó su ignominia... Alzóse... Y luego

hundió un puñal sobre su seno, para
que su sangre de púrpura borrara
el baldón de aquel ósculo de fuego!

## ZAHARA

El alba baña en oro la arboleda;
y a los reflejos de su lumbre clara
fulgen las desnudeces de Zahara
estrangulada en su alhamí de seda.

Aún en sus ropas el perfume queda
del óleo con que amante macerara
las morbideces de sus carnes, para
la dulce lid en que el amor se enreda.

Las esclavas se mesan el cabello,
y el Emir, de rodillas, besuquea
los muertos labios y el marmóreo cuello...

Sólo un negro sonríe silencioso
tras un tapiz, y al sonreir blanquea
su dentadura de chacal celoso!

# SONETOS DE AMOR

I

Oh, fragante visión que me provoca
a soñar una nueva Primavera!...
Sólo de ti, mi corazón espera
la última dicha que al morir invoca!...

Calma esta eterna sed que me sofoca...
¡Ven a alegrar mi hogar!... ¡Oh, compañera,
para besarte—cuerpo y alma—entera,
todo el cuerpo y el alma serán boca!...

Yo en cambio de tu amor te doy poesía;
y haré volar a ti los ideales
que hoy vagan tristes, sin nidal, dispersos...

Y acuñaré tu imagen y la mía,
para que juntas vivan, inmortales,
en el oro sonoro de mis versos!

II

En esta larga ausencia sufro tanto,
que ya no sé cómo sufriendo vivo;
y no me dejan ver lo que te escribo
las nieblas fugitivas de mi llanto!...

Tu nombre vibra como un dulce canto,
a un mismo tiempo místico y lascivo...
Lo escucho de rodillas, pensativo,
y en éxtasis los ojos como un santo...

Y te miro surgir en lontananza,
ofreciendo a mis sueños la esperanza
de otros sueños más bellos, sus hermanos....

Y oigo tu voz que gime dolorida:
—¡Ay, ten piedad de esta pequeña vida,
que tiembla de cariño entre tus manos!

## III

Por qué morir en la estación florida
cuando la vida a despertar empieza,
si ilumina tus noches de tristeza
el santo amor de una mujer querida?

¡A un banquete de Dioses te convida!...
En su cuerpo te ofrece la belleza,
y en su alma, sagrario de pureza,
todo cuanto de puro hay en la vida!

¿Por qué morir si su cariño ardiente,
donde la ciega adversidad se estrella,
te cubre el corazón como un escudo?...

Y algo me dice silenciosamente:
—¡Porque la muerte te unirá con ella
como jamás la vida unirte pudo!

## IV

Si estas luchas internas y sombrías
de mi carne y mi alma conocieras,
de espanto y de terror palidecieras,
y hasta quedarte ciega llorarías!

Mis pensamientos van como jaurías
persiguiendo la presa en sus carreras,
y se destrozan, tigres y panteras,
por devorar mis pocas alegrías!...

¡Oh, tu recuerdo, la visión radiosa
hecha de nieve y pétalos de rosa!...
Cuando de mi memoria te levantas

se apacigua el furor de mis pasiones,
y mis tigres más fieros, mis leones,
humildes llegan a besar tus plantas!

# LOS CLAVELES ROJOS

## I

Por esas sonrisas, que son cual cuchillos,
que su filo esconden entre los rosales
de tus labios rojos como los corales
en que se desgranan tus áureos zarcillos;

por esas miradas, que son cual puñales,
que entre las tinieblas ocultan sus brillos,
me veré en la Audiencia, cargado de grillos,
sentado al banquillo de los criminales!

Si a prisión me mandan, pediré a mis jueces
que mi cuerpo encierren en las lobregueces
de tus grandes ojos, y si es ley que muera,

por morir esclavo de tu amante yugo,
—¡Ahórcame—en el palo, le diré al verdugo—
con los negros rizos de su cabellera!

II

Ante un crucifijo, postrado de hinojos,
mientras las saetas aullaban su canto,
enlutada y pálida te vieron mis ojos
rezar tus plegarias en el Jueves Santo.

Sangraba la herida de tus labios rojos;
y sobre tu seno, cruzadas de espanto,
tus manos de nieve eran cual manojos
de místicos lirios bañados en llanto!

Abrazada al leño, triste y lacrimosa,
a Jesús besabas, allí donde abría
la llaga de un clavo su sangrienta rosa..

¡Por que tus piadosos labios me besaran
con la unción que a Cristo, no me importaría
que en su propio leño me crucificaran!

I

Cuando entre tus labios su dolor destila
el escalofrío de una carcelera,
yo no sé qué pena baña tu pupila,
yo no sé qué angustia te estremece fiera,

que todo tu cuerpo retiembla y vacila,
como si de pronto sucumbir quisiera
de dolor, envuelto en la Primavera
de tu luminoso mantón de Manila!

Yo, oyendo la copla y viendo tu cara,
oculto en las manos la cabeza, para
ahogar en mis labios mi propio sollozo...

¡Ay, por qué presienten mis negros des- [velos
que, en tu amor pensando, morderé, de celos,
las obscuras rejas de mi calabozo!

## IV

Tiende el plenilunio sobre el jazminero
que en la clara alberca su blancor retrata,
como una lujosa capa de torero
de raso celeste bordada de plata.

Tu guitarra rasga el silencio... Un fiero
resplandor de odio tus ojos dilata,
y hay en tus sonrisas como un fino acero
que entre rosas brilla y entre rosas mata!

Igual que una esclava sumisa y sonora
que siempre realiza tus locos anhelos,
la guitarra ríe, canta, gime y llora;

y siguiendo el ritmo de tus sueños vanos,
se rompe de angustia y estalla de celos...
¡Mi alma es como una guitarra en tus manos!

## V

Cuando, a los repiques de las castañuelas,
ingrávida y ágil a bailar te lanzas,
diríase que esculpes y en tu sér modelas
todos los lascivos giros de las danzas.

Ya entornas los ojos y te aterciopelas;
ya agitas las trenzas y pálida avanzas...
De tus castidades tiemblan las gacelas,
y rugen los tigres de mis esperanzas!

Aunque entre damascos tu cuerpo apri-
[siones
y aunque en su pureza tengan tus facciones
de una estatua antigua la celeste calma,

tan profundo y lúbrico furor te estremece,
tal ansia te encrespa, que, al danzar, parece
que danzas desnuda de cuerpo y de alma!

## VI

Entre las macetas de albahaca asomas
la viva y ardiente flor de tus sonrisas,
y como embriagadas por tantos aromas
temblando en sus labios se duermen las brisas.

Cantando entre dientes el espejo tomas
y tu tenebrosa cabellera alisas,
mientras, arrullándose, dos blancas palomas
arrastran sus alas sobre las cornisas.

Entre los encajes con que te recamas
se va deshojando una rosa roja,
poco a poco, en lentas lágrimas de llamas...

Y a mis ansias digo, de amargura lleno:
—¡Oh, quién fuera esa flor que se deshoja,
para desangrarme de amor en tu seno!

## VII

Di, ¿recuerdas cuando tan juntos vagamos
que de nuestros cuerpos uno solo hicimos,
y en el mismo lecho juntos nos dormimos
y en la misma copa nuestra sed saciamos?

Vivimos unidos como dos racimos
que, enredados, cuelgan de los mismos
[ramos...
A fuerza de besos, juntos maduramos,
y en las mismas penas vendimiados fuimos!

Juntas se secaron tu ropa y la mía...
Y hoy, si nos hallamos en la misma vía,
sin que nuestras ropas siquieran se rocen,

pasamos de largo, sin decirnos nada,
sin una sonrisa, sin una mirada,
como dos extraños que no se conocen!

## VIII

En el rojo fondo del mantón de seda
que en sus llamaradas enciende el tesoro
de ese cuerpo donde mi ilusión se enreda
y cuyas piedades sollozante imploro,

y arde y se consume toda una arboleda
de irisados pájaros y rosas de oro...
Atada a sus flecos mi vida se queda.
y en cada uno de ellos mis tristezas lloro!...

¡Ay, que me amortajen cuando yo sucumba
con tu luminoso mantón de la China,
porque así a lo menos llevaré a la tumba,

para recordarte en mi eterna pena,
ese olor a albahaca, nardo y clavellina
que al danzar exhala tu carne morena!

# LA DANZA DE LOS SIETE VELOS

## I

Tu nombre es un perfume diluído
en las suntuosidades de esa vida
que soñó mi ilusión y no he vivido.
Evoca pompas, y a soñar convida

con palacios de mármoles triunfantes,
perfumes de incensarios y canciones,
túnicas consteladas de diamantes
y tronos custodiados por leones.

Tu mirada sutil es como un dardo
que hiere el alma de melancolía...
Surges danzando, y en la danza tienes

esa lasciva palidez del nardo
que muere perfumando en su agonía
la lujuria oriental de los harenes.

## II

En el centro de un círculo sonoro
de vítores, erótica sonríes,
mientras repican crótalos de oro
tus dedos enjoyados de rubíes.

Teje lúbricas danzas tu ligera
planta sobre el damasco de la alfombra,
y proyecta la negra cabellera
sobre tus hombros un temblor de sombra.

Tus negros ojos al placer irisa
sobre tus vivas palideces y entre
la diabólica flor de tu sonrisa,

en un fugaz y ardiente parpadeo,
mientras crispan el bronce de tu vientre
todos los simulacros del Deseo.

III

Al son de las nubelias, tu pie breve
al borde de la túnica blanquea,
mientras como sutil lirio de nieve
tu talle cimbreador se balancea.

En un gesto de amor, como soñado,
tu mano un nardo del escote arranca,
y te paras de súbito, temblando,
como una inmensa mariposa blanca.

Desfallecen de amor los burcelines;
humo de incienso tu pureza aroma,
y entre un deshojamiento de jazmines,

el blancor de tu velo es una nube
en donde, a veces, sonriente asoma
tu rubia cabecita de querube.

## IV

Entre un temblor de gasas y de tules
trazan tus pies inconcebibles giros,
mientras deshojan cálices azules
tus dedos enjoyados de zafiros.

Alguna boca inmaterial te besa
hasta dejar exangüe tu hermosura,
y en la espiral de un sueño de turquesa
se esfuma el claro azul de tu figura.

Bajo tus plantas rápidas e inquietas
deshójanse guirnaldas de violetas;
y a través de los giros de tu velo

fulguran tus pupilas visionarias,
igual que dos estrellas solitarias
en un pedazo del azul del cielo.

## V

Bajo una transparencia de esmeralda
la flor de tu belleza se adivina,
y tus flotantes rizos enguirnalda
un húmedo verdor de alma marina.

Tienes, danzando así, la luminosa
paz de los verdes bosques seculares,
y la atracción ambigua y misteriosa
de las profundas aguas de los mares.

Seca el laúd su llanto; la viola
se queda en un suspiro extenuada;
fulge tu velo como mar serena,

y entre el temblor verdoso de una ola
aparece, de algas coronada,
tu lúbrica cabeza de sirena.

## VI

Entre un fasto de púrpuras triunfales
agitas en la danza tus caireles,
los cabellos ornados de corales
y las manos colmadas de claveles.

Entre jardines de corales vaga
tu cuerpo en contracciones de serpiente,
y, cual rojo crepúsculo, naufraga
en un profundo mar de sangre hirviente.

Lanzan tus ojos trágicos destellos;
y entre las llamas lúbrica sonríes,
mientras en tu sutil mano de artista,

prendida de los ásperos cabellos,
se desangra en un llanto de rubíes
la trenzada cabeza del Bautista.

## VII

Sobre un tapiz de rosas amarillas,
el áureo ensueño de tu velo arde,
mientras, temblando de caricias, brillas
vestida con los oros de la tarde.

Tienes esas fugaces transparencias
de una nube opalina que el sol dora
y bajo las solares refulgencias
en un suspiro de ámbar se evapora

Y con un gesto de pudor, soltando
por la espalda el cabello de sol lleno
te detienes inmóvil, ocultando

con la mano el más íntimo tesoro,
y con la diestra reteniendo el seno,
como una Venus cincelada en oro.

## VIII

Bajo un polvo fugaz de oros extintos
aparece tu imagen imprevista,
ornada de violetas y jacintos
y ceñida de un velo de amatista.

Tus manos, al danzar, esparcer lilas,
y al lascivo temblor de tus caderas
se entornan temerosas las pupilas
en un morado círculo de ojeras.

En las volubles líneas de la danza,
bajo la luz que en tus ojeras arde,
al son del sistro, tu silueta avanza,

y se borra después, como entrevista
entre el oro humeante de la tarde
a través de una copa de amatista.

## IX

Con un brazo hacia el suelo y otro en alto,
doblada en grácil arco la cintura,
surges, vívida estatua de basalto,
sobre un trágico fondo de negrura.

Rudo estertor agita tus hechizos
cuando al danzar la obscuridad alegras,
y en aire retúercense tus rizos
como manojos de serpientes negras.

Tu danza es como un vértigo: marea...
Son tan raudos tus pies, que no parecen
tocar los terciopelos de la alfombra.

Y en la noche sin fin que te rodea,
tan sólo tus pupilas resplandecen,
cual dos chispas de fósforo en la sombra.

# MOTIVOS GRIEGOS

## I

Bajo la clara luz de la mañana,
en el bloque más puro del Pentélico,
a pleno sol, cincelaré tu bélico
perfil de cinegética Diana

entre coros de ninfas y jaurías
de feroces mastines... La blancura
del mármol ha de dar a tu hermosura
la eternidad augusta de los días.

Y en el desnudo plinto, como ofrenda
grabará mi cincel esta leyenda:
—¡Salve, Divinidad serena y fuerte,

que al arco del Amor no se ha rendido!
Besó los ojos de Endymión dormido,
y fué su beso el beso de la Muerte.

II

Tendido el arco para herir, desciendes
del monte, entre ladridos de jauría,
y una argentada claridad de día
en las tinieblas de la noche enciendes.

¡Ay, mísero del fauno que asombrado
te mire, entre las ramas en acecho!
Certero el dardo se hundirá en su pecho
y será por tus perros devorado.

Llenas de pasmo mirarán las ninfas,
al surgir con la aurora de las linfas,
su cuerpo, en la maleza, sanguinante...

Y llenarán de gritos la mañana...
¡Ay, del ojo mortal que ve un instante
la nocturna belleza de Diana!

III

Sin otro manto que el de tus cabellos,
ante el asombro de los Dioses mudos
muestras tus miembros blancos y desnudos,
que son castos a fuerza de ser bellos.

Del mar en las azules extensiones
el alba rosa de tu carne asomas,
en un blanco revuelo de palomas
y un argentino coro de tritones.

El caracol marino te saluda,
y ante tu gracia cándida y desnuda,
la playa floreció para esperarte...

Y al fuego virginal de tu mirada,
bajo el áurea coraza, tembló Marte
y de sus manos se cayó la espada.

## IV

Sobre el tazón de mármol de la fuente
se destaca el blancor de tu silueta
entre la verde ramazón luciente
de los olmos que ensombran la glorieta.

El sol modela tus turgencias blancas.
En arco el torso y la rodilla fina,
con el pulgar y el índice te arrancas
del marmóreo talón aguda espina.

Entre los bordes de la herida abierta
sangra un hilo de agua luminosa
que anima el sueño de la fuente muerta,

tan fugaz cual la queja dolorida
de una ninfa que, huyendo presurosa,
de pronto en el talón se siente herida.

## V

Tranquilo y transparente como un lago
Sócrates va a morir por justo y bueno.
Dió a los hombres su amor, y ellos en pago
le dieron su rencor y su veneno.

La turba de discípulos implora
en torno del Maestro condenado,
mientras Critón, el predilecto, llora
a sus yertas rodillas abrazado.

Pisando de la vida los extremos
aún a Critón su labio sonreía...
—¡No olvides que a Esculapio le debemos

un gallo!—suspiró la voz ahogada,
y crispóse su mano de alegría
acariciando la cabeza amada.

## VI

Platón con sus discípulos pasea
bajo los verdes plátanos. Su acento
vierte el consuelo de una nueva idea,
y para oirle se detiene el viento.

Se oyen tranquilas resbalar las fuentes,
lanza un ave en un mirto alegres quejas,
y en torno de rosales florecientes
zumban, ebrias de mieles, las abejas.

Y después de un silencio sobrehumano,
en un gesto de siembra abre la mano...
Junto a una vieja estatua se detiene...

Su voz resuena... Y con callado vuelo
una paloma hasta sus labios viene
para llevarse su palabra al cielo.

# EL CABALLO ANDALUZ

I

Curvado el cuello y la cerviz erguida,
larga la cola y con la crin rizada;
ancho de pechos, y la estremecida
cabeza temblorosa y descarnada.

Vivaz la oreja y la nariz violenta;
ojos con vaguedades de crepúsculos,
y tan fina la piel, que transparenta
la nerviosa impaciencia de los músculos.

Lejos de la yeguada, en la maleza,
en un largo relincho estremecido,
fluctuante la crin, galopa solo...

Digno por su arrogancia y su belleza
de tener alas para ser uncido
en la cuadriga del divino Apolo.

II

SINTIENDO el desgarrón del acicate,
bajo un trueno de bélicos clarines
lanzóse relinchando en el combate,
sueltas al viento las revueltas crines.

Y entre un chocar de gritos y armaduras,
en el pánico horror de las derrotas,
bajo los clavos de sus herraduras
crujieron piernas y cabezas rotas.

La luz del primer astro vertió como
un resplandor de plata sobre el lomo
todo de sangre y de sudor cubierto...

Con un relincho saludó a la sombra,
lamiendo el rostro de su dueño muerto
tendido en cruz sobre la verde alfombra

III

Pasó trotando bajo los balcones
en un áureo crepúsculo de Otoño,
agitando en el trote los borlones
de su bermeja manta de madroño.

Sintió su fina grupa, en la carrera
bajo la obscura noche, acariciada
por las sedas de alguna cabellera
al amor de las brisas destrenzada.

Y evocó melancólico en la huída
toda su triste juventud perdida...
Galopar entre jaras y carrascos,

y saltar sobre vírgenes potrancas,
manchando con el barro de sus cascos
el vivo terciopelo de las ancas.

## IV

PASÓ su ancianidad trágica y larga
con los cascos hundidos en el barro,
arrastrando, ya exánime, la larga
de algún pesado y rechinante carro,

bajo el sol y por las noches obscuras,
a través de caminos polvorientos,
lleno de lacras y de mataduras
y entre trallazos y entre juramentos.

Para luego, una tarde del estío,
enflaquecido y con un ojo vendado,
bajo fiestas de púrpura y de oro,

del circo en el inmenso vocerío,
expirar tembloroso y desangrado
entre las negras astas de algún toro.

# ALMA ESPAÑOLA

I

Bajo los soportales de esta plaza
—ha tres siglos—hubiera paseado
con la altivez hidalga de mi raza
mis fanfarronerías de soldado.

Chambergo con cintillo de esmeralda,
levantando la capa la tizona;
la melena, flotante por la espalda,
y los mostachos a la borgoñona.

De mi patria y mi Dios noble cruzado,
tomar una galera o un castillo,
y haber dado que hablar mucho a la Fama.

Y caer con el pecho atravesado
a la medrosa luz de un farolillo
bajo las celosías de mi dama.

## II

TENER un nombre que sonase a hierro:
don César, don Rodrigo, o don Fernando,
y un escudero dócil como un perro
que fuese mis hazañas relatando.

Ser héroe de nocturnas cuchilladas,
capitán de los tercios más temidos,
ensueño de doncellas y casadas
y desvelo de padres y maridos.

Pasar, después, las horas silenciosas
entregado a las prácticas piadosas,
y al llegar de la Muerte a los confines,

legar al primogénito mi espada
herrumbrosa de orín y algo mellada
de degollar herejes y muslimes.

III

Entre aventuras y entre desafíos,
atravesar de Italia las regiones;
en el puño y el alma, muchos bríos,
y la escarcela llena de doblones.

Gastar sin tasa y derrochar con lujo,
y matar más franceses en Pavía
que mujeres itálicas sedujo
mi española y galante bizarría.

Y jugar, en nocturno campamento,
sobre un tambor, mientras recorre el viento
el alerta tenaz del centinela,

a la luz de una hoguera ensangrentada,
el último doblón de la escarcela
y hasta el puño de oro de mi espada.

IV

Desde Italia, tras épicos trabajos,
llegar altivo de mi tercio al frente,
a una ciudad de los Países Bajos,
suelta la enseña y a tambor batiente.

Cruzar las landas con el agua al cuello
bajo los fuegos de los arcabuces,
y pasar viejos burgos a degüello
entre un tumulto de sangrientas luces.

Y conducir herejes a la hoguera,
y mientras se retuercen en la llama
y el pavor de las turbas se apodera,

a hurtadillas dejar algún sonoro
beso en los frescos labios de una dama
de pupilas de azul y bucles de oro.

V

Lanzarme al mar sobre veloz galera
tripulada por viejos lobos, llenos
de amor de Dios, cuyo renombre fuera
terror de ingleses y de sarracenos.

Y sobre un mar de hirviente pedrería
abordar, a la luz de la mañana,
entre el estruendo de la artillería,
de los turcos la nave capitana.

Hundir mi hacha en el primer turbante,
y, en tanto que quedase un tripulante,
herir sin treguas y matar con saña.

Y entre el estruendo del asalto,
izar al sol sobre el mástil más alto,
la cruz de Cristo y el pendón de España.

## VI

DESPLEGADAS las velas luminosas
entre las pompas de oriental boato,
arribar a las playas fabulosas
de algún nuevo y remoto virreinato.

Y enloquecido por la sed de oro,
achicharrar del ídolo ante el ara
los pies descalzos de un cacique, para
descubrir el lugar de su tesoro.

Y abandonar las islas tan lejanas
con la cabeza ya llena de canas;
y arribar a las costas españolas

en la puente de rápida galera;
tan cargada de oro que trajera,
la escotilla rasando con las olas.

## VII

A vivar con mis manos los tizones
del hogar, y a mis hijos, en mi tierra,
entre pausas de asma y de oraciones,
narrar lances de amor, fortuna y guerra.

Tirso mis aventuras rimaría,
y en el fondo espectral de su locura,
con la mano en el pecho, el Greco habría
copiado la altivez de mi figura.

Todas las tardes a la iglesia iría
para ahogar mis pecados en la eterna
católica piedad que a Cristo loa,

y, ya noche, a mi casa tornaría,
arrastrando el reuma de mi pierna
igual que el buen don Lope Figueroa.

## VIII

Y ya, casi al final de la existencia,
hacer de todo afán renunciamiento,
y para oir la voz de la conciencia
encerrarme en la celda de un convento.

Esperar sin dolor la hora postrera
sin que nada a la vida nos despierte,
entre las tibias y la calavera
que nos hablan de Dios y de la Muerte.

Y sin miedos, ya en paz de la conciencia,
abandonar la mísera existencia,
para entregar, tras angustiosa lucha,

el alma a Dios y el cuerpo a los gusanos,
calada sobre el rostro la capucha
y con un crucifijo entre las manos.

IX

## ENVIO

Para adorar tu palidez de luna
y ceñir tus cabellos ondulantes,
te ofrezco estos poemas como una
corona de oro ornada de diamantes.

Y sobre cada lírica faceta,
para halagar tu juventud florida,
ha miniado el buril de tu poeta
las ansias más intensas de su vida.

Yo nací con tres siglos de retraso:
amo el justillo y el jubón de raso,
el chambergo de plumas y la espada.

Y es el mayor pesar de mi agonía
vivir en este siglo sin poesía,
ciego de fe... mas sin creer en nada.

Al lector

Después de terminar la lectura de este volumen que me parecido que era el único y verdadero florilegio ~~de mi alma,~~ sentimental de mi vida, sólo me resta hacerte una confesión, muy íntima y muy sincera. De todo cuanto aquí has leído, hay una pequeña poesía, muy corta, muy tierna, muy balbuciente, que es la preferida de mi corazón: "La hermana". ¿Por qué?.. Si estás hecho á leer estas líneas, lo empezarás á buscar en el fondo de las almas... Si no, sería inútil que rasgue ante tus vistas, uno de los más bellos y tristes secretos de mi vida.

Villaespesa

# ÍNDICE





# EDITORIAL HESPERIA

**Concesionaria de la venta exclusiva: Sociedad General Española de Librería.**




### BIBLIOTECA DE SOCIOLOGÍA Y DERECHO

Vol. I *(casi agotado)*.— ESTUDIOS JURÍDICOS, por *D. Antonio Maura*.

Vol. II.— PROBLEMAS DE ESPAÑA, por *D. Santiago Alba*.

Vol. III *(en prensa)*. — LA ABOGACÍA EN ESPAÑA, por *D. Juan de la Cierva*.

**Ejemplar: 2 pesetas.**






### BIBLIOTECA ANTOLÓGICA

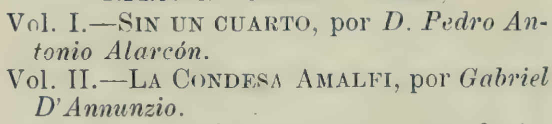
Vol. I *(casi agotado)*. — MIS MEJORES ESCENAS, por *Jacinto Benavente*.

Vol. II.—MIS MEJORES VERSOS, por *Francisco Villaespesa*.

Vol. III *(en prensa)*.—MIS PÁGINAS PREDILECTAS, por la *Condesa de Pardo Bazán*.

**2 pesetas ejemplar.**

### BIBLIOTECA POPULAR "TURISMO,,



Vol. I.—SIN UN CUARTO, por *D. Pedro Antonio Alarcón*.

Vol. II.—LA CONDESA AMALFI, por *Gabriel D'Annunzio*.

Vol. III. — LA PÍCARA OLALLA, por *Carlos Fernández Shaw*.

Vol. IV *(en prensa)*.—PLANTEL DE HIDALGOS, por *Iván Turgueneff*.

**Pesetas 0,50 ejemplar.**

**GUIA DE FERROCARRILES "TURISMO,,**

**0,25 pesetas ejemplar.**

PUBLICACIONES TURISMO

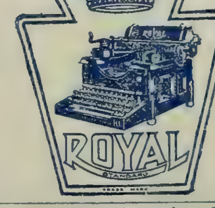
# TRUST MECANOGRÁFICO

**Montera, 29, entresuelos.**

**Concesionario exclusivo para España de la máquina**

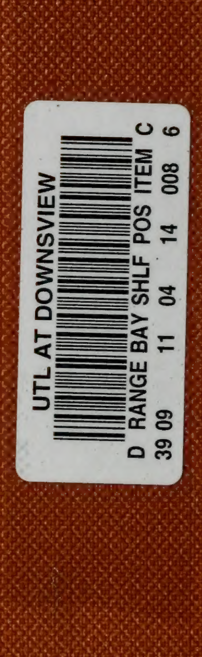
**= ROYAL —**






**Accesorios y reparaciones de toda clase de máquinas de escribir.**




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 04 14 008 6